



Genealogía de la Razón Técnica: Crítica a sus Efectos Políticos, Económicos y Culturales - Genealogy of Technical Reason: Critique of its Political, Economic, and Cultural effects

Authors: Guido Selim Arditi
Submitted: 5. November 2025
Published: 13. November 2025
Volume: 12
Issue: 5
Affiliation: University of Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina
Languages: Spanish, Castilian
Keywords: Technique; Technology; UBI; Technological Unemployment
Categories: Humanities, Social Sciences and Law, Demetrios Project
DOI: 10.17160/josha.12.5.1108

Abstract:

This dissertation critically examines the contemporary technical phenomenon from a historical and philosophical perspective, challenging the assumption of its neutrality. Rather than functioning as a mere set of tools, the technical system constitutes a normative framework that defines its own criteria of efficiency and control, shaping social life across political, economic, and cultural domains. Guided by a genealogical and critical approach, the study traces the historical conditions and capitalist dynamics that have captured knowledge and subordinated it to the logic of accumulation. Drawing on classical and contemporary thinkers such as Marx, Marcuse, Ellul, Habermas, Berardi, Rifkin, Coeckelbergh, Fisher, and Srnicek, it analyzes how technical rationality transforms politics into technocracy, economics into an abstract and self-referential system, and science into an instrument of utilitarian and financial interests. The findings reveal that the autonomy of technical systems reinforces the subordination of democratic deliberation to efficiency metrics, fosters structural technological unemployment, labor precarity, and the

JOSHA

josha.org

**Journal of Science,
Humanities and Arts**

JOSHA is a service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content

Tesis Doctoral

**Genealogía de la razón técnica: crítica a sus
efectos políticos, económicos y culturales**

Reflexiones sobre su surgimiento y su devenir

Tesista: Guido Selim Ardití

Director: Tomás Balmaceda

Facultad de Filosofía y Letras

Universidad de Buenos Aires

2025

Introducción

Una panideología difusa pero efectiva

“Ningún hecho social, humano o espiritual, tiene tanta importancia en el mundo moderno como el hecho técnico. Sin embargo, no hay otro peor conocido.”¹

—Jacques Ellul

En nuestros días, parece una verdad de Perogrullo afirmar que vivimos en una era técnica. Un análisis superficial de nuestra vida actual alcanza para notar que la técnica atraviesa todos los ámbitos de la vida moderna: el trabajo, el ocio, la educación, la cultura, las relaciones interpersonales, la política, los intercambios, la administración y un largo etcétera. No obstante, creemos que, si bien por un lado se atestigua dicha ubicuidad, por otro, muchas veces se pasa por alto la verdadera magnitud que este fenómeno entraña. Por ello, consideramos necesario escrutar a fondo sus variadas dimensiones para comprender su potencia y sus límites (si es que acaso los tiene). Esto nos lleva a reivindicar la urgencia de la filosofía. No de una filosofía solamente *de* nuestro tiempo, sino también *para* nuestro tiempo. Una filosofía que no se limite a *reflejar*; sino que se atreva también a *reaccionar* a su tiempo o, mejor aún, *accionar* sobre él. Por lo que pretendemos que las herramientas y el discurso

¹ Ellul, J., (2003), *La Edad de la Técnica*, Barcelona, Octaedro, p. 7.

conceptual que desarrollaremos no sean meramente interesantes académicamente, sino que también puedan guiar esfuerzos concretos hacia acciones prácticas, para un llamado a la acción que ayude a lidiar con los desafíos planteados por la era técnico-tecnológica.

En esta misma línea, intentaremos llevar adelante una labor genealógica, ya que las genealogías, desde Nietzsche hasta nuestros días, apuntan a revelar aquello que se da por sentado. Esta labor consiste en una forma de desarmar las *obviedades*, con el fin de desnaturalizar y desnudar ciertos conceptos y creencias, no solo para su mejor comprensión, sino también para proponer futuros distintos. En este sentido, intentaremos preguntarnos por lo que está operando por debajo; buscar si no hay una estructura subyacente, indagar si acaso es posible interpretar estos fenómenos como expresiones de una única tendencia general o estructural. Por todo lo dicho, la reflexión sobre la técnica hoy en día no puede ser parcial ni limitada, debe ir de la mano con el cuestionamiento de los principios y estructuras fundamentales de nuestras sociedades y del orden político global.

Aquí intentaremos develar en qué consiste la “técnica” y cuáles son sus consecuencias, que incluso van más allá de lo que en un primer momento puede pensarse como *técnico*. Con eso en mente, como ya adelantamos, partiremos de un análisis de la impronta que el mundo técnico ha tenido sobre los cambios y transformaciones a nivel social, ambiental y psicológico-existencial en nuestros días, evaluando en qué punto se encuentra la sociedad moderna respecto de algunos tópicos tradicionales de la disciplina filosófica, como la justicia, la libertad, o qué representa una *buena vida* y cómo hacer para alcanzarla.

Para mayor claridad, es importante explicar qué entendemos aquí por “técnica”. En este libro, no la consideraremos como reducida solo al concepto de *maquinaria*, siendo que —como señalamos— hay *técnicas* en *todos* los ámbitos de nuestra existencia. En este sentido, podríamos decir con Ellul que “*no hay nada hoy que escape al fenómeno técnico. Ya no hay nada que no sea técnico.*”² pues este fenómeno engloba métodos de organización política, prácticas de dirección laboral, formas de legitimación del poder y —quizás principalmente— *una manera mecanicista de pensar*: una racionalidad histórica que ha moldeado nuestras formas de habitar el mundo.

Así las cosas, la técnica invade *todas* las esferas de la sociedad, subordinándolas a sus valores y requisitos, introduciendo sus ideales de orden —y con ellos, el mandato de eficiencia y

² *Ídem*, p. 27.

maximización de resultados a todos los espacios de la vida social. A esta mentalidad se la ha llamado *racionalidad instrumental*³, que refiere a la utilización —de manera calculada— de los medios o recursos disponibles para alcanzar un fin u objetivo específico; con miras —justamente— a la eficiencia y la utilidad. Por eso, una dimensión que aquí consideramos central es cómo la técnica engloba también modos de vida y formas de ver el mundo. La técnica contemporánea configura una verdadera cosmovisión dominante, que anula o cancela lo exterior: construye un tipo específico de ser humano y de sociedad, orientados hacia la optimización constante. Bajo esta perspectiva, el mundo no se habita, sino que se gestiona y administra, y la existencia misma se convierte en un proyecto técnico que exige constante vigilancia, medición y mejora. En definitiva, la técnica no solo transforma nuestro entorno, sino también el modo en que percibimos y experimentamos nuestra propia humanidad.

A lo largo de este tratado, abordaremos el lugar que ocupa el fenómeno técnico en nuestros días, y su impacto sobre distintos ámbitos de nuestra vida actual, como la política, la economía, las ciencias y la subjetividad. Seguidamente, realizaremos una genealogía crítica para analizar cuáles fueron las condiciones históricas, sociales y económicas que favorecieron su surgimiento, su vinculación con el Capital y las consecuencias tanto al nivel de las configuraciones subjetivas como estructurales. A partir de allí, intentaremos investigar acerca de las capacidades técnicas existentes y las posibilidades de su desarrollo *pleno*. Para ello, recurriremos al pensamiento de algunos de los principales autores que han reflexionado sobre la cuestión técnica: tales como Marx, Coriat, Habermas, Marcuse, Ellul, Langdon Winner, J. Rifkin, Mark Coeckelbergh, Geert Lovink y el pensamiento aceleracionista, entre otros.

³ Concepto acuñado por Jürgen Habermas.

Capítulo 1. Las Dimensiones del Fenómeno Técnico

1. La Técnica como *Divinidad*

“Dios ha vuelto, pero bajo el disfraz de la técnica”⁴

—Franco “Bifo” Berardi

En nuestros días, *“la técnica se convierte, a la vez, en sacrílega y sagrada: por una parte, no adora nada, no ‘respeta’ nada; deshace el misterio y lo somete. Por otra parte, dado que el hombre difícilmente pueda vivir sin lo sagrado, convierte al destructor de lo sagrado en sagrado, y sutilmente, la técnica se va a ir identificando con el Dios que salva.”⁵* Con la caída de la religión, cae un sentido primario que servía para articular la existencia, el conocimiento, la vida toda. Pero la idea de Dios es perfectamente intercambiable, puede ser reemplazada por cualquier otro marco que sea capaz de articular nuestros modos de existencia. Es posible restituir un sentido por otro que ocupe su lugar y al que se le atribuyan las mismas características. Así, con el fenómeno técnico, tiene lugar una inversión similar a la que mencionaba Feuerbach respecto al concepto de Dios, donde ante una creación humana

⁴ Berardi, F., (2019), *Futurabilidad*, Buenos Aires, Caja Negra, p. 99.

⁵ Esquirol, J., (2011), *Los Filósofos Contemporáneos y la Técnica*, Barcelona, Gedisa, p. 140.

—quizás *humana, demasiado humana*— se olvida su verdadero origen. Hombres y mujeres se dejan poseer enteramente por su propia creación, la idolatran y se someten voluntariamente, olvidando que se trata de una construcción humana. Así, aunque adopten formas distintas, estas perspectivas terminan funcionando del mismo modo: articulando nuestras creencias, orientando nuestros deseos y legitimando nuestras decisiones. Tanto es así que “*hoy puede ponerse en duda todo, Dios incluido, excepto el progreso técnico.*”⁶ La legitimidad que tiene la técnica, —o podríamos decir la ciencia y la técnica— actualmente es casi absoluta, “*la ciencia y la técnica se implantan como crítica de las legitimaciones tradicionales (vistas ahora como ideología) y ellas mismas ocupan felizmente su lugar*”⁷. La opinión pública se muestra totalmente favorable a la técnica; su avance es acogido con entusiasmo y cuenta generalmente con muy buena prensa. Cuando toda una categoría de acontecimientos e ideas tiene tal aprobación que escapa casi por completo a la crítica, es legítimo considerar que se ha erigido como un dominio *sagrado*. Frente a él, todo cuanto se le quiera oponer, es inevitablemente visto como *profano*. La ineficacia es percibida —como afirma Huxley— como un pecado contra el Espíritu Santo⁸. Esta dinámica recuerda la ideología del progreso del siglo XIX, donde se concebía a la historia como una flecha orientada inevitablemente hacia la mejora continua, una idea que hoy pervive en clave técnica más que política. Aquí vemos de qué manera, paradójicamente, ciertas aristas de la *Ilustración* pueden devenir *mitología*.

Los avances técnicos, solo por ser *realizables*, son percibidos como *obligatorios* bajo este paradigma. La sociedad moderna así antepone las necesidades de la técnica a las de los hombres y mujeres que la componen, que deben aceptar cualquier modificación o sacrificio en sus vidas con tal de que la técnica progrese. Sin embargo, —dado que es justamente un *paradigma*—, la pasión del público y el estado de ánimo general apoyan que la aplicación técnica tenga la última palabra en casi todos los aspectos de la vida. El asunto es que —de manera más o menos perceptible— la técnica tiene sus propias exigencias, mandatos e intereses; por lo tanto, “*el hombre es desposeído de su capacidad de elección y está satisfecho con ello. Lo acepta, dando la razón a la técnica.*”⁹ Así, en la actualidad presenciamos lo que Bifo Berardi llama “*un determinismo engendrado.*”¹⁰

⁶ Ellul, J., (2003), *La Edad de la Técnica*, Barcelona, Octaedro, p. 88.

⁷ Esquirol, J., (2011), *Los Filósofos Contemporáneos y la Técnica*, Barcelona, Gedisa, p. 171.

⁸ citado de

<https://artezeta.com.ar/un-mundo-feliz-la-distopia-que-se-cumplio/#:~:text=En%20el%20pr%C3%B3logo%2C%20Huxley%20afirma,que%20imagina%20en%20su%20ficci%C3%B3n>. El 21/06/2024

⁹ Ellul, J., (2003), *La Edad de la Técnica*, Barcelona, Octaedro, p. 88.

¹⁰ Berardi, F., (2019), *Futurabilidad*, Buenos Aires, Caja Negra, p. 22.

La cosificación es la visión de los productos humanos como si fueran otra cosa que productos humanos; como si fueran hechos naturales, consecuencias de las leyes cósmicas o manifestaciones de una voluntad divina. La cosificación implica que el hombre es capaz de olvidar su autoría del mundo humano, y además que la dialéctica entre el productor humano y sus productos se ha perdido *para la conciencia*. El mundo cosificado es *per definitionem* un mundo deshumanizado. El hombre lo vive como facticidad extraña¹¹

La ciencia, junto con su brazo técnico, ha echado por tierra el pensamiento mágico que caracterizaba al mundo antiguo. Sin embargo, dado que los seres humanos difícilmente puedan vivir sin un norte o una esperanza futura, no dudan en entronar al sepulturero. En su calidad de nueva divinidad, el fenómeno técnico adelanta su propio bagaje ideológico que comienza a ser percibido como sagrado. Tras esto, hombres y mujeres de nuestra sociedad, olvidan el origen humano del sistema técnico y se dejan someter por un producto de su propia creación al que perciben —paradójicamente— como un poder extraño.

Pero a diferencia de las antiguas divinidades, que exigían obediencia a cambio de sentido o redención, esta nueva divinidad no promete salvación, ni consuelo, ni trascendencia: promete solo resultados. En este nuevo culto, el sacrificio ya no se ofrece a un más allá, sino al rendimiento, a la innovación constante, a la eficiencia sin finalidad. Y lo más inquietante es que esta lógica se perpetúa sin resistencia, porque ya ni siquiera necesita imponerse desde afuera: se ha interiorizado. Se ha vuelto la fe inconsciente de una época que, aún sin creer en dioses, se rinde ante los mandamientos de un sistema que no conoce límites ni admite preguntas. Tal vez ese sea, en verdad, el signo más profundo de lo sagrado: aquello ante lo cual ya ni siquiera nos atrevemos a preguntar.

¹¹ P. Berger y Th. Luckmann, *The social construction of reality*, p. 58.

1.2 La Política como Técnica

“si el Estado se adapta totalmente a las necesidades técnicas, si se transforma completamente en una enorme máquina, ¿seguirá siendo un Estado?”¹²

—Jacques Ellul

Conviene aquí diferenciar someramente el concepto de “*técnica*” —como lógica general de racionalización— de “*tecnología*” en sentido instrumental. Pues como veremos, la primera engloba también el ámbito político; el modo de organización y perpetuación —o cambio— de las relaciones sociales y los patrones de conducta; sin artefactos físicos visibles.

La técnica, dado el nuevo lugar que ocupa, engendra una nueva moral en consonancia con sus requerimientos, que consisten en volver inteligible, asequible y calculable *todo* lo existente, con el fin de mejorar la eficiencia y la productividad, de poder “*ir más allá, más rápidamente, a un ritmo más vivo, sea la materia que sea, poco importa.*”¹³ Las normas según las cuales opera y avanza están distanciadas de consideraciones éticas o políticas; sus objetivos son solamente intra-técnicos, y funcionan como sustitutos de todo otro tipo de valores. Este modo de operar conlleva la —tan ingenua como peligrosa— convicción en un “progreso” no solo ilimitado, sino también *indefinido*; porque, como se encuentra distanciada del discurso ético, no tiene ningún objetivo colectivo hacia el cual esté dirigida; es la creencia en la técnica por la técnica misma, sin ningún fin ulterior prefijado.

El mundo técnico es una realidad, qué hacer con él es una cuestión que es siempre relegada. Tal como dice Ellul, la inclinación por la técnica “*no es una elección por motivos complejos y, de alguna manera, humanos; sólo se decide por lo que da el máximo de eficiencia.*”¹⁴ Esto

¹² Ellul, J., (2003), *La Edad de la Técnica*, Barcelona, Octaedro, p. 282.

¹³ *Ídem*, p. 305.

¹⁴ *Ídem*, p. 86.

da lugar a la formación de un sistema que funciona como un gran engranaje en el que todo “*tiene una razón*’, no una razón última, sino mecánica.”¹⁵ La llamada *razón instrumental* lo abarca todo; la capacidad inventiva, de pensamiento y la racionalidad toda, quedan reducidas a ella, que se erige como el principio rector por excelencia de la vida moderna. Así, queda elevada al rango de única y omnicomprensiva forma de la razón. Esto lleva a su consiguiente expansión a todos los ámbitos de la vida social, con el consiguiente intento de tecnocratización de la política.

El conocimiento técnico es, como vimos, indiferente a la dimensión social; simplemente persigue mantener y seguir expandiendo un sistema, dando lugar a la aparición de lo que Marcuse llamó “*una sociedad racionalmente totalitaria*.”¹⁶ Obviamente esta miopía va acompañada de un convencimiento —más o menos— consciente respecto de lo que podríamos llamar un *solucionismo técnico*¹⁷; en una creencia en que la técnica ha de ser capaz de solucionar *todos* los problemas; una creencia que, no por vaga o difusa pierde algo de su peso. El sistema técnico también es difuso en cuanto a su dimensión ética, sobre todo si la pensamos en términos clásicos; esto nos deja frente a “*una estructura impersonal que, aunque es capaz de producir todo tipo de efectos, no es capaz de quedar sujeta a responsabilidad*.”¹⁸

La racionalidad instrumental propia de la técnica ya no requiere de consideraciones superiores —ni religiosas ni políticas— para legitimarse. Por eso, el Estado es cada vez menos el agente del direccionamiento social, y su accionar debe alinearse cada vez más con los requerimientos —o imperativos— del sistema científico, técnico e industrial de la sociedad, es decir, sus exigencias de eficiencia, productividad y control predictivo. Como dice Langdon Winner, “*hoy por hoy, la gente desea a menudo hacer cambios drásticos en sus modos de vida acordes con la innovación tecnológica y, al mismo tiempo, se resiste a cambios similares justificados sobre bases políticas*.”¹⁹ Y así, sin siquiera preguntarnos por qué, entregamos la brújula del mundo a un sistema que no sabe adónde va. Quizás, el mayor triunfo de la técnica no “*simplemente*” haber conquistado la política, sino haber hecho que esto sea considerado como deseable.

¹⁵ *Ídem*, p. 290.

¹⁶ Marcuse, H., (1969), *La Sociedad Industrial y el Marxismo*, Buenos Aires, Quintaria.

¹⁷ Término acuñado por Morozov, que habla del “solucionismo tecnológico”

¹⁸ Fisher, M., (2019), *Realismo Capitalista*, Buenos Aires, Caja Negra, p. 104.

¹⁹ Winner, L., citado de http://www.ifdcelbolson.edu.ar/mat_biblio/tecnologia/cursol/u1/13.pdf el 30/06/2024.

El sistema técnico ostenta este enorme poder de encantamiento porque representa un ilusorio escape a la necesidad de apoyar las decisiones políticas en juicios humanos, considerados cada vez más como frágiles, interesados e incluso *azarosos*. La mentalidad técnica promete suprimir estas deficiencias, porque se presenta como capaz de asegurar los resultados que van a obtenerse, eliminando el factor de imprevisión que reside en la mayor o menor habilidad de los sujetos humanos que toman las decisiones. El propio Estado es concebido al modo de una máquina,²⁰ regida por la racionalidad instrumental, donde las entradas y salidas han de garantizar resultados predeterminados. Incluso el lenguaje de la política ha sido colonizado por la lógica técnica: ya no se habla de justicia, libertad o dignidad, sino de gestión, rendimiento y optimización. Así, las decisiones públicas se validan no por su legitimidad, sino por su *eficacia*.

Por todo esto es que el marco institucional queda relegado a un rol pasivo respecto del sistema técnico, sin que esto sea percibido como problemático para las mayorías. En otras palabras, se configura un programa que entraña una aversión al activismo estatal que, sin admitirlo abiertamente, responde a una racionalidad determinada. De este modo, la técnica se posiciona por encima del orden político, transformando a la *democracia* en *tecnocracia*.

En esta sociedad reducida a sistema, “*se hace notar y sentir socialmente un sobrepeso de las formas económicas y burocráticas, en general de las formas cognitivo-instrumentales de la racionalidad.*”²¹ La antigua dependencia personal va perdiendo lugar frente a una creciente dependencia en el “orden objetivo de las cosas”. El gobierno de *los hombres sobre los hombres* es paulatinamente reemplazado por *la administración de las cosas*. Como dice Habermas en *Ciencia y Técnica como Ideología*:

Nosotros sabemos cómo someter a control a las condiciones fundamentales de la vida, lo que significa: cómo acomodar culturalmente el entorno a nuestras necesidades, en lugar de limitarnos a adaptarnos nosotros a la naturaleza externa. Por el contrario, los cambios producidos en el marco institucional, en la medida en que derivan de forma inmediata o de forma mediata de nuevas tecnologías o de perfeccionamientos de estrategias (en los ámbitos de la producción, del intercambio,

²⁰ Esta racionalidad recuerda a la estructura burocrática descrita por Max Weber, pero radicalizada: ya no es solo la legalidad formal la que organiza el funcionamiento estatal, sino una optimización sistémica

²¹ Habermas, J., (2013), *El Discurso Filosófico de la Modernidad*, Buenos Aires, Katz, p. 375.

de la defensa, etc.) no han asumido la misma forma de adaptación activa. Por lo general esas mutaciones siguen el modelo de una *adaptación pasiva*.²²

Así las cosas, el sistema técnico se convierte en la variable fija, de la que dependen las instituciones políticas, transformadas en simples variables subordinadas. “*el modelo de la evolución sociocultural de la especie ha estado determinado desde el principio por un creciente poder de disposición técnica sobre las condiciones externas de la existencia, por un lado, y, por otro, por una adaptación más o menos pasiva del marco institucional*”²³. La situación es tal que “*cada día irrumpen nuevas oleadas de potencial técnico en la práctica social cogiéndola desprevenida*”²⁴. En pocas palabras, el cambio técnico sigue un camino acelerado e independiente de otras dimensiones del espacio social, frente al cual la política y su marco institucional se muestran cada vez más incapaces —y limitadas— para seguirles el ritmo. Esta distancia entre ambos se ha ido ampliando al punto tal que la negociación entre ellos parece hoy imposible, lo cual indicaría que su divorcio final resulta inevitable.

Todavía más, esta variable fija (la técnica) no se limita a *determinar* la dependiente (la vida en sociedad), sino que incluso busca *transformarla*; como dice Ellul, “*no sólo las Constituciones no cambian nada el uso de las técnicas, sino que éstas empiezan a reaccionar muy pronto sobre las propias estructuras del Estado.*”²⁵ Así las cosas, tanto el Estado como sus ciudadanos no solo adoptan un comportamiento adaptativo o pasivo respecto de los requerimientos del sistema técnico, sino que este también acaba limitando y configurando a los propios sistemas políticos.

La mentalidad eficientista, propia del sistema técnico, debe ser *también* la racionalidad operante en política. Esta última, conducida o asesorada muchas veces por *técnicos*, pierde gran parte de su otrora capacidad *creativa*; adquiere un carácter meramente *negativo*, donde su objetivo es mantener la estabilidad del sistema, la resolución de cuestiones técnicas sobre cómo hacer que el sistema funcione mejor, o simplemente prevenir o evitar sus posibles disfuncionalidades. “*La sociedad moderna ha puesto la racionalidad técnico-instrumental no*

²² Habermas, J. (2015), *Ciencia y Técnica como 'Ideología'*, Madrid, Tecnos, pp. 102-103.

²³ *Ídem*, p. 102.

²⁴ *Ídem*, p. 128.

²⁵ Ellul, J., (2003), *La Edad de la Técnica*, Barcelona, Octaedro, p. 277.

sólo a la base de la producción, sino del conjunto de la organización de la sociedad. Con el resultado de que la función emancipadora e ilustrada de la razón ha sido sustituida por la función de progreso y control social de la racionalidad técnica.”²⁶ Va perdiendo terreno la función política o ideológica del Estado en favor de las funciones de legitimación y reproducción del sistema. Atrás han quedado los días en que la política era percibida como la posibilidad de abrir alternativas y horizontes para pensar lo todavía impensado, de crear futuros diferentes. En nuestros días, la actividad estatal se restringe a tareas técnicas que pueden resolverse desde la mera gestión administrativa. Por lo que se la exime de definirse con relación a fines de tipo ético/moral; del tipo de qué queremos para nuestras vidas, o en qué tipo de sociedad queremos vivir. Este tipo de cuestiones son amablemente invitadas a sentarse en el asiento de atrás y, —de existir—, a convertirse en una triste nota al pie que nadie lee. En palabras de Habermas, el Estado “*en modo alguno transporta a la sociedad antagonista a una esfera de la eticidad viviente; el Estado se limita a cumplir los imperativos funcionales de esta sociedad y es él mismo expresión de la ruptura del mundo ético, que esta sociedad representa.*”²⁷ Al fin de cuentas, el Estado y su sistema administrativo devienen parte del engranaje del fenómeno técnico. El sometimiento es tal que el mundo técnico se autopercibe como la propia supresión de los límites, como el ámbito para el cual *todo* es posible y *nada* está prohibido. Por esto mismo es que no está dispuesto a aceptar límites, reglas exógenas ni enjuiciamiento alguno, sino que “*allí donde penetra, cuanto hace es lícito y está justificado.*”²⁸ El fenómeno técnico es el verdadero *Leviatán* moderno.

Como vimos, la técnica comporta —de manera más o menos solapada— su propia “moral” y su propia escala de valores, así, en este sentido se encuentra *ensimismada*; en su universo sólo tienen lugar los problemas, criterios y medios *técnicos* que atañen a su propio desarrollo. Quizás aquí radique una de sus principales limitaciones; en presuponer que la elección de los medios para perfeccionarse constantemente está siempre sujeta a *crítica racional*, mientras los fines (externos) que deben alcanzarse con ello no lo están; ya que no es parte de la actividad técnica discutir los objetivos. Por eso, la técnica no persigue fines morales ni objetivos éticos más allá de su propia lógica funcional. Aún más, del saber técnico (y científico) no se esperan respuestas o recomendaciones sobre este tipo de cuestiones, por lo que las dispensa alegremente; y, peor aún, muchas veces hace oídos sordos cuando se le

²⁶ Esquirol, J., (2011), *Los Filósofos Contemporáneos y la Técnica*, Barcelona, Gedisa, pp. 166-67.

²⁷ Habermas, J., (2013), *El Discurso Filosófico de la Modernidad*, Buenos Aires, Katz, pp. 74-75.

²⁸ Ellul, J., (2003), *La Edad de la Técnica*, Barcelona, Octaedro, p. 147.

presentan problemas exteriores al sistema; o sea, problemas no técnicos, ya que entiende que no forman parte de su universo.

Como vimos, la técnica echa por tierra el *encantamiento del mundo*²⁹ antiguo, para erigirse como una nueva *divinidad*; en tanto tal, adelanta un *ethos* propio con una ideología que, aunque no se asume como tal, acaba teniendo un peso fundamental en la sociedad y en la política. Pero los objetivos del fenómeno técnico son independientes de voluntad humana alguna; no apuntan a ningún fin específico por fuera de los suyos propios. La técnica, que, —paradójicamente—, se creó como un medio para fines ulteriores, deviene un fin en sí mismo.

Como la técnica así se erige como un mundo recogido sobre sí mismo, se la dispensa de definirse respecto a objetivos que atañen a otra naturaleza, como los que caben al Estado. Esto nos lleva a un callejón sin salida; ya que, si antes dijimos que el fenómeno científico-técnico reemplaza a Dios, en este segundo punto podemos decir que engulle al Estado, convirtiéndolo en uno de sus apéndices. A decir de Habermas, al fin de cuentas, la ciencia y la técnica, “*articulada como conciencia tecnocrática —asumen el papel de una ideología.*”

Más aún, el sistema técnico no solo impone sus medios, sino que termina condicionando también qué fines son *pensables*. Así, no solo se automatiza la producción, sino también la imaginación política. En este doble movimiento —como medio y como fin, como estructura funcional y como ideología— reside quizás la mayor potencia y el mayor riesgo del fenómeno técnico. Este cierre del circuito técnico entre medios y fines deja a la política sin terreno propio, y a la sociedad, sin horizonte. Si el Estado ya no piensa, si la política ya no decide, y si la técnica no sabe a dónde va... ¿quién conduce realmente nuestra historia? ¿Acaso la estamos dejando librada a un piloto automático sin conciencia, sin destino y sin *preguntas*? El problema no es únicamente técnico, sino profundamente político: si no decidimos en común qué progreso queremos, otros decidirán por nosotros —y lo llamarán inevitable.

²⁹ Concepto de raigambre weberiana.

1.3 La Economía como *Técnica*

*“No podemos representar la esfera económica, que forma parte de la existencia humana, como sometida a ningún otro género de causalidad que no sea aquella del hombre viviente”*³⁰

—Werner Sombart

Bajo el paradigma propio de la racionalidad técnica, tiene lugar *“una definición de la actividad económica como ‘elección’ de recursos escasos para satisfacer necesidades ilimitadas, la Economía aparece como la ciencia de la eficacia y, por tanto, esencialmente cuantitativa”*³¹; la ciencia económica adquiere las mismas características que el fenómeno técnico; cuantificación, predictibilidad y eficiencia. Y, como ella, deviene una disciplina *técnica*.

La ciencia económica concibe las necesidades humanas como *ilimitadas*; tal como el fenómeno técnico piensa su propio desarrollo, y también limita su campo de acción exclusivamente a aquello que sea mensurable. Bajo esta perspectiva, la racionalidad de los *agentes económicos* radica meramente en la realización de un cálculo *instrumental* sobre cómo maximizar su beneficio —siempre personal e individual— con los medios o recursos disponibles. Puesto que —al igual que con la técnica— lo que se busca es la exactitud y la precisión, tiene lugar una cada vez mayor aplicación de las matemáticas a la disciplina económica. Así, se *“descarta el análisis de una constelación de temas de gran interés cualitativo en función de otros, con frecuencia triviales, susceptibles de medición y que permiten un conocimiento fiable de algunos datos de la realidad”*³². Siguiendo por este camino, a decir de García Menéndez, *“transformaremos los análisis en cajas vacías de las que sólo se extraen, claro está, generalizaciones y conclusiones vacías por muy rigurosas*

³⁰ Sombart, W., (2002), Técnica y Economía en (comp. Tomás Maldonado) *Técnica y Cultura*, (p. 48), Buenos Aires, Infinito.

³¹ García Menéndez, J.R., (2011), *Crítica de la Razón Económica*, Tomo I, Reino Unido, EAE, p. 187.

³² *Ídem*, p. 28.

que éstas sean;”³³ más aún, este autor sostiene que hoy en día “*todo trabajo en economía que pretenda ser considerado científico y no un mero atavismo obsoleto de la Economía Política, debe estar expresado en términos de un modelo matemático o econométrico.*”³⁴ Según García Menéndez, existe hoy en día un “*énfasis en ‘modelizar’ formalmente la realidad como un sistema cerrado cuando la realidad socioeconómica es un sistema abierto.*”³⁵ Esto sucede porque, al igual que en el ámbito de la política, se busca y privilegia “*la aparente asepsia ideológica y la neutralidad del cálculo.*”³⁶

En la Economía entonces, no sólo se descarta —al igual que en el ámbito político— el análisis cualitativo, sino que incluso se repudia abiertamente el carácter político-social de la ciencia económica. Así, “*nos encontramos con una evolución ahistórica de la disciplina, eliminando paulatinamente los elementos sociohistóricos de la misma, precisamente los elementos que han hecho de la economía una ciencia social.*”³⁷ Del mismo modo que a la administración estatal se le ha despojado de su *creatividad política*, la ciencia económica ha sido desarraigada de su dimensión *social*.

Este enfoque concibe a la Economía de manera positivista, como si esta fuese un objeto abierto a la percepción directa; como si los fenómenos económicos fueran inmediatamente observables, sin necesidad de interpretación histórica o ideológica. Y puesto que la racionalidad técnica es vista como la única racionalidad posible, queda así la Economía reducida a una disciplina *técnica*; cuyo fin es meramente realizar análisis de corte positivo, *medir* la realidad socioeconómica, y donde la posibilidad o la iniciativa por modificarla, al igual que como sucede en la política, ni siquiera es considerada como parte de sus competencias. Esta ideología económica, al ser heredera del tecnicismo imperante, al igual que este, no solamente solapa su naturaleza ideológica, sino que también tiene una vocación dominante.

El problema es que este criterio —además de soslayar la dimensión social— tampoco garantiza una combinación óptima de esos “recursos escasos”; porque, aunque se busca una maximización de las capacidades materiales de los factores productivos, no se contempla su

³³ García Menéndez, J.R., (2011), *Crítica de la Razón Económica*, Tomo II, Reino Unido, EAE, p. 99.

³⁴ *Ídem*, p.327.

³⁵ *Ídem*.

³⁶ *Ídem*, p. 333.

³⁷ *Ídem*, p. 100.

uso ajustado en el funcionamiento global de la sociedad³⁸; todavía más, esta visión tiende a considerar que el mercado económico manifiesta genuinamente la síntesis de intereses individuales y esto permite una óptima asignación de los recursos. La búsqueda de la maximización de las capacidades productivas se mantiene alejada de cuestiones que atañen a la justicia distributiva, no por descuido, sino porque esta es excluida como una variable externa al sistema técnico; considerada "meramente" una cuestión *moral*, que nada tiene que ver con los sistemas técnicos. La Economía así entendida, se reduce a una cuestión que atañe sólo a los *medios*; la selección de los medios más convenientes para perpetuar y ampliar el sistema.

La racionalidad instrumental, cuando se extiende al ámbito de la Economía, comporta una ideología económica travestida de *pensamiento único*, que es, por definición, absolutista, incuestionable, y sin opciones alternativas; sosteniendo que los enunciados científicos que genera son también *universales*, válidos para cualquier tiempo y lugar; por lo tanto, exhibe con frecuencia una tendencia a extraer del pasado —decimonónico por lo general—, su racionalidad operativa y su programa de política económica. Por esto, quienes piensan la economía como una ciencia cuasi matemática, que funciona automáticamente a través de las leyes del mercado, y que por esto no necesita intervenciones externas, creen que la eficacia pretérita del sistema liberal es garantía suficiente para sostener su eficacia actual. Y si bien desde la Revolución Industrial hasta nuestros días la técnica ha simbolizado el progreso y la mejora en la calidad de vida, "*ese patrón de referencia pretende ser universal pero no es más que una opción de un modelo de acumulación capitalista históricamente especificado.*"³⁹

Como sostiene Ricardo Gomez, "*el mercado no es el locus de la racionalidad humana; por el contrario, su operatividad da lugar a consecuencias y decisiones irracionales.*"⁴⁰ Así, "*se olvida con excesiva frecuencia que los 'excesos de racionalidad' en la teoría produce 'déficits' lamentables en la práctica histórica*"⁴¹; puesto que muchas veces sus consecuencias, ya sean psicológicas, sociales o ambientales, son —a veces deliberadamente— ignoradas, minimizadas o, —incluso peor— *negadas*. Tal como dice Galbraith, "*solo la convicción de que Dios y el libre mercado vendrán siempre en auxilio nuestro ha impedido las acciones correctoras más obvias.*"⁴² El primero es que, por su

³⁸ Los niveles actuales de desigualdad a nivel global hablan por sí solos.

³⁹ García Menéndez, J.R., (2011), *Crítica de la Razón Económica*, Tomo II, Reino Unido, EAE, p. 272.

⁴⁰ Gomez, R., (2003), *Neoliberalismo Globalizado*, Buenos Aires, Macci, p. 188.

⁴¹ García Menéndez, J.R., (2011), *Crítica de la Razón Económica*, Tomo II, Reino Unido, EAE, p. 114.

⁴² Citado de https://cvc.cervantes.es/literatura/cuadernos_del_norte/pdf/52/52_23.pdf el 06/10/2024, p. 24.

diseño, esta racionalidad niega toda intervención correctiva hasta que es demasiado tarde. Muchas veces las consecuencias negativas se patentizan más tarde —a veces un poco demasiado tarde— cuando —dada su repetición y acumulación— se vuelven *insoslayables*, y pueden incluso representar un riesgo existencial para la humanidad⁴³. El segundo es que, al ignorar (en todos los sentidos del término), la dimensión sociohistórica de la economía se acaba por validar fórmulas que interpretan axiomáticamente el quehacer económico, donde —al igual que con el sistema tecnocientífico— aunque los beneficios iniciales pueden parecer sólidos, esto no es suficiente para considerarlos *universal* y atemporalmente válidos. Y cuando finalmente se tornan visibles, su acumulación ya ha comenzado a erosionar las bases mismas de la convivencia humana.

El análisis económico se realiza así, muchas veces de manera aséptica, *objetiva*; independientemente de las necesidades, las coyunturas, e incluso *el grado de desarrollo técnico*. Como se considera a la economía de manera ahistórica, sin tener en cuenta las consecuencias sociales, ambientales o políticas, los caminos posibles del desarrollo son explorados sin referirse a ninguna de estas cuestiones. De este modo, no tiene lugar dentro de ese paradigma economicista el preguntarse si acaso el sendero del desarrollo ciego sigue siendo el más conveniente. El sistema económico entonces, al igual que el sistema técnico, representa una infinita *voluntad sin finalidad*; un motor que guía a la sociedad considerando casi exclusivamente las necesidades de un sistema e indiferente a los fines *humanos*. El sistema económico, al igual que el técnico, se convierte en una *máquina ciega*: avanza sin pausa y —más importante— sin propósito.

La Economía, al devenir también *técnica*, adquiere las características propias de este fenómeno. De la misma forma en que el fenómeno técnico reduce a la política y la administración al rol de sus apéndices, limitando o directamente *anulando* su creatividad, realiza algo similar con la ciencia económica. Así, la riqueza de la *economía política* de los clásicos, desde Smith a Schumpeter, pasando por nombres como Malthus, Ricardo, Marx y Keynes, entre otros, se reduce a ejercicios de microanálisis positivistas pasibles de constatarse empíricamente. Se le extirpa la dimensión político-social a la disciplina para que pueda mejor ajustarse a los requerimientos propios del sistema técnico; la exactitud y la eficiencia. La Economía concebida como técnica, tiene como meta, —al igual que la política

⁴³ La negativa a aceptar límites externos propia del sistema técnico entra en tensión directa con las advertencias ecológicas contemporáneas, que señalan la insostenibilidad de un modelo que se concibe como ilimitado dentro de un planeta finito.

devaluada en *técnica*— la selección de los medios para afianzar, perpetrar y ampliar el sistema, evitando o paliando sus disfuncionalidades. Por lo que los requerimientos del sistema se vuelven prioritarios frente a otros requerimientos de la sociedad.

A su vez, el pensar a la Economía de modo mecanicista, lleva a creer que se trata de una disciplina con leyes inmutables; que aquello que ha funcionado en un sistema con determinadas características habrá de funcionar *también* una vez que este haya atravesado cambios significativos.

Convertida en técnica, la economía —al igual que la política— ya no se orienta hacia la equidad ni hacia la consecución de la *vida buena*, sino hacia la reproducción de un orden que no se elige, sino que se da por inevitable; por lo que se limita a la administración de un presente *sin alternativas*.

En este sentido, la economía tecnificada no es simplemente un lenguaje neutro de gestión, sino una racionalidad que dicta qué es real, qué *valioso* y qué *posible*. Bajo esta matriz, la justicia, el bien común o la sostenibilidad no son descartados porque se los rechace explícitamente, sino porque ni siquiera son *formulables* dentro del marco de lo que la economía técnica puede reconocer como “problema” propio.

Así, lo que alguna vez fue una ciencia *social* comprometida con las condiciones de la vida humana, se transforma en un cálculo automatizado de equilibrios abstractos, ajeno a las tensiones concretas del mundo. Pero una sociedad que ya no puede *formular fines* —ni éticos ni políticos— sino únicamente *administrar medios*, es una sociedad *sometida a la lógica de su propia maquinaria*.

En última instancia, una economía que ya no sabe preguntarse *para qué*, termina respondiendo únicamente al *cómo*. Y en ese automatismo, se pierde lo más importante: *la pregunta por el sentido*.

1. 4 La Ciencia como *Técnica*

*“Únicamente les permitimos ocuparse de las dificultades más inmediatas, las del momento.
Todas las otras investigaciones se evitan incesantemente”*⁴⁴

—Aldous Huxley

Hasta aquí nos hemos referido al desarrollo de la técnica como si evolucionara únicamente en torno a su dinámica interna, independientemente de otras definiciones más amplias del espectro social. Pero, tal como dijimos al comienzo, aquí creemos que parte fundamental del quehacer filosófico tiene que ver con la genealogía; con indagar y echar luz sobre la génesis de los fenómenos para comprenderlos cabalmente y entender cómo hemos llegado a los modos de vida que tenemos y normalizamos; por lo que creemos que no tiene sentido pensar el estado actual de la técnica *en abstracto*, sino como emparentada desde sus comienzos tanto con la *ciencia* como con *el capital*.

La ciencia, por su parte, muchas veces proporciona el conocimiento fundamental necesario para el desarrollo de nuevas técnicas. Los principios científicos a menudo son utilizados para resolver problemas técnicos, o para realizar tareas específicas de manera más eficiente, por lo que la propia formación en campos técnicos suele incluir una sólida base científica. La relación entre ciencia y técnica, sin embargo, no es unidireccional; sino que se influyen mutuamente, pues los avances técnicos, a su vez, muchas veces habilitan también el desarrollo de nuevas herramientas científicas. Ciencia y técnica entonces, se imbrican mutuamente en el desarrollo de productos y servicios, pues están estrechamente vinculadas en un ciclo continuo de descubrimiento, aplicación e innovación.

⁴⁴ Huxley. A., *Un Mundo Feliz*, Caracas, Lucemar, p. 196.

Esta es la relación entre dos de los miembros de esta tríada; pero quizás el más importante, el principal, sea justamente el capital. Pues como dice Sombart, “*la invención será aplicada solamente cuando pueda servir a los intereses capitalistas. Sólo entonces y dentro de estos límites la técnica se actualizará, la capacidad técnica se volverá real*”⁴⁵. Una invención técnica, en nuestro sistema actual, solo se patentiza si puede ser utilizada provechosamente por el empresariado capitalista, al tiempo que “*los intereses económicos condicionan sutilmente la financiación de la actividad científica*.”⁴⁶ Incluso, para muchas personas puede resultar una incógnita saber si el desarrollo técnico y científico podría conservar el ritmo actual sin el estímulo pecuniario funcionando como su principal motor. Quizás esta sea una consecuencia de la falta de creatividad tanto de la política como de la ciencia económica —como vimos en los apartados anteriores—.

De cualquier manera, lo cierto es que hoy por hoy, “*el utilitarismo científico adquiere, a partir de la técnica, una fuerza tal que apenas puede darse ya ninguna investigación desinteresada*”⁴⁷. Es decir, no sólo la aplicación o no de una técnica depende de su potencial generación de ganancias, sino que incluso la investigación científica es cooptada por la racionalidad instrumental, y debe responder al principio de utilidad; y esa utilidad requerida suele ser la pecuniaria. Así, se produce un vasallaje donde la actividad científica queda desbordada y, en definitiva, sojuzgada por el poder económico. La ciencia y la industria quedan subsumidas al comercio y al valor de cambio.

En este punto, pareciera ser que la actividad científica, en su modalidad actual, es cooptada por la racionalidad instrumental, pues, no se hubiese desarrollado —o al menos no en la dirección en que lo ha hecho— sin la perspectiva de sus potenciales ganancias. Así las cosas, la ciencia misma deviene otro ámbito que es despojado de sus elementos ideales o éticos.

Entonces, el desarrollo de las fuerzas productivas existe principalmente *para* el capital, el cual no está dirigido particularmente al progreso de la humanidad, sino a la obtención de ganancias. El desarrollo de la ciencia y de la técnica, y aquello que direcciona a ambos; a saber, el sistema económico, se han vuelto independientes de la voluntad humana. La ciencia queda imbuida dentro de la razón instrumental y cooptada por un direccionamiento de la investigación y utilización meramente pecuniario.

⁴⁵ Sombart, W., (2002), Técnica y Economía en (comp. Tomás Maldonado) *Técnica y Cultura*, (p. 52), Buenos Aires, Infinito.

⁴⁶ García Menéndez, J.R., (2011), *Crítica de la Razón Económica*, Tomo II, Reino Unido, EAE, p. 242.

⁴⁷ Ellul, J., (2003), *La Edad de la Técnica*, Barcelona, Octaedro, p. 15.

La ciencia y la industria; al igual que —como vimos— la política y la economía teórica, no se inmiscuyen en cuestiones de tipo ético. Nuestras ciencias actuales son “*unas ciencias que, debido a su desconexión con su base cultural, carecen ya de facultad para orientar la vida humana (es decir, carecen literalmente de sentido)*”⁴⁸. Tolstoi decía respecto de nuestra ciencia actual que “*es absurda, porque no responde a la única pregunta importante para nosotros: ¿qué debemos hacer?, ¿cómo debemos vivir?*”⁴⁹. La ciencia ya no se interesa en ofrecer respuestas a los dilemas del mundo, sino —al igual que la ciencia económica— apenas soluciones a los problemas del sistema.

Las ciencias actuales, en el mejor de los casos, nos explican el mundo, pero nada tienen para decir acerca del *significado*, del sentido, justamente, porque también la ciencia se presenta como neutra. Pero, a decir de Marcuse, “*una ciencia que se declara neutra e incompetente para juzgar lo que debería ser favorece a los poderes sociales que determinan completamente lo que debería ser —y lo que es.*”⁵⁰ A lo que añade, “*la neutralidad no es verdadera sino en el caso de que tengais el poder de rechazar las interferencias: si no sois capaces, ella se convierte en la víctima y la auxiliar de toda potencia que decida utilizarla.*”⁵¹

Resumiendo, la técnica, o por lo menos el mundo técnico en el que vivimos, no es fruto de una *generación espontánea*; si no que está entrelazada con la ciencia moderna —con la que se implican mutua y constantemente— y con el sistema económico, o precisamente, el capital. Este último es generalmente el factor determinante respecto al direccionamiento de las investigaciones científicas y técnicas, al punto que muchos consideran que una mejora científica o técnica difícilmente llegue a ver la luz si no representa la posibilidad de una ganancia pecuniaria.

Así, nos encontramos con un tercer ámbito de la sociedad humana que es cooptado por la racionalidad instrumental, junto con —como vimos— la política y la economía; a saber, la ciencia. Al igual que las otras dos, esta es privada de su creatividad, se aleja de su sentido como vocación y propósito, y queda reducida a funciones vinculadas con el mantenimiento y la ampliación del sistema imperante. Porque “*todo trabajo científico está siempre al servicio*

⁴⁸ Esquirol, J., (2011), *Los Filósofos Contemporáneos y la Técnica*, Barcelona, Gedisa, p. 17.

⁴⁹ Weber, M., (1998), *El Político y el Científico*, Madrid, Alianza, pp. 208-209.

⁵⁰ Marcuse, H., (1969), *La Sociedad Industrial y el Marxismo*, Buenos Aires, Quintaria, p. 14.

⁵¹ *Ídem*, p. 24.

de algún proyecto político, que si no es el de transformar la sociedad, es, de un modo u otro, el de mantener el orden social imperante.”⁵²

A raíz de esto, la ciencia, al igual que la política y la economía, se desentiende de las cuestiones fundamentales que hacen al sentido y el florecimiento de la vida humana; dando lugar un utilitarismo omniabarcante, que apenas deja lugar para investigaciones científico-técnicas que no estén directamente alineadas con sus intereses —generalmente económicos—que dictaminan el direccionamiento del sistema hacia fines siempre inmediatos e interesados.

En este marco, la ciencia deja de ser búsqueda de verdad o sabiduría y se convierte en una técnica más, absorbida por un sistema del que no puede escapar. La figura del científico que indaga por amor al conocimiento ha sido reemplazada por el técnico que produce resultados útiles. Así, la ciencia pierde su vocación más profunda: ya no se pregunta por interés científico, sino en miras al rendimiento; no explora lo posible, sino lo rentable. Al reducirse a técnica, la ciencia se vuelve eficaz, pero renuncia a decir algo.

En este sentido, la ciencia, una de las mayores conquistas del pensamiento moderno, parece haber olvidado el gesto originario que la fundó: la pregunta. En lugar de interrogar al mundo, lo mide; en vez de comprenderlo, lo modeliza; en vez de asombrarse, lo explota. Y cuando toda forma de saber es absorbida por la lógica de la utilidad, no es solo la ciencia la que se transforma, sino también la idea misma de verdad, que se reduce a eficacia operativa.

Cuando incluso la ciencia, que supo ser uno de los pilares de la Modernidad, es arrastrada por la racionalidad instrumental, nos enfrentamos a una pregunta urgente: ¿qué tipo de humanidad puede sostenerse sobre un saber que ya no quiere —o peor aún— no *puede* pensarse a sí mismo? Si la técnica marca el ritmo, y el capital impone la dirección, ¿queda aún algún lugar donde la humanidad pueda preguntarse por su destino?

Finalmente, podemos concluir que en nuestros días, la política se transforma en administración, la economía en automatismo, la ciencia en cálculo.

⁵² García Menéndez, J.R., (2011), *Crítica de la Razón Económica*, Tomo II, Reino Unido, EAE, pp. 10-11.

2. ¿Tienen política los artefactos?⁵³

“¿Los técnicos pueden ser idealistas, en sentido particular, del mismo modo que los científicos, los artistas y los juristas? La respuesta a esta pregunta constituye la piedra angular de la filosofía de la técnica”⁵⁴

—Zschimmer

Hacerse la pregunta por la *Filosofía Política de la Técnica* puede parecer extraño para muchas personas, pues como dice Coeckelbergh, “como la mayoría de la gente no está familiarizada con el pensamiento sistemático sobre la tecnología y la sociedad, tienden a dar por sentado el punto de vista de que la tecnología misma es neutral y que todo depende de los humanos que la desarrollan y la usan.”⁵⁵ Según esta visión, los artefactos son neutrales, y únicamente los seres humanos tienen valores; esta tesis, conocida como la *neutralidad valorativa de la técnica*, que todavía forma parte del sentido común de las mayorías, sostiene que los valores en los artefactos dependerán de su utilización. Pero, como dice Coeckelbergh, “cuestionar esta concepción naíf de la tecnología es la especialidad de la filosofía de la tecnología, que ha desarrollado, en su forma contemporánea, una comprensión no instrumental de la tecnología: la tecnología no es solamente un medio para alcanzar un fin”⁵⁶. Es más, sostiene que “desde la filosofía de la tecnología sabemos que las tecnologías no son, ni pueden ser, moral y políticamente neutrales. Es así en general (para todas las tecnologías).”⁵⁷ Tal como hemos visto, la tecnología no es meramente instrumental, sino que moldea sus propios fines, por lo que no es neutral, sino que tiene no solo valores *epistémicos* sino también valores extrínsecos de tipo *político*. Más aún, por el simple hecho de ser una

⁵³ Pregunta formulada por Langdon Winner

⁵⁴ Zschimmer, E., La Filosofía de la técnica, en (Tomás Maldonado comp.) *Técnica y Cultura*, (p. 191), Buenos Aires, Infinito.

⁵⁵ Coeckelbergh, M, (2023), *La Filosofía Política de la Inteligencia Artificial*, Madrid, Cátedra, p. 16.

⁵⁶ *Ídem*, p. 16.

⁵⁷ *Ídem*, p. 77.

creación humana —*demasiado humana*— no podría jamás ser neutral; como dice Marcuse, “*en cuanto espíritu coagulado*’, *la máquina no es neutra*”⁵⁸

La llamada *neutralidad valorativa de la técnica* ha sido ampliamente cuestionada por la filosofía contemporánea de la técnica, que ha mostrado cómo toda tecnología está ya cargada de valores —y, por tanto, de política— incluso antes de su uso. Como dijimos desde el comienzo, las dimensiones del *fenómeno técnico* van mucho más allá de lo que puede pensarse en un primer momento. En nuestros días, la pregunta por la *política* nos devuelve directamente a la pregunta por la técnica, ya que no puede pensarse a una independientemente de la otra. La pregunta por la política hoy nos lleva a la pregunta que popularizó Langdon Winner y que da título a esta sección.

Winner fue el primero en afirmar que los artefactos tienen política *en sí mismos*, de manera *inmanente*, presente en su misma constitución; quien lo sigue más de cerca quizás sea el propio Marcuse, que afirmaba que “*los fines y los intereses particulares de la dominación no son ‘adicionales’ o dictados a la técnica desde arriba. Ellos entran en la construcción del mismo sistema técnico*”⁵⁹; para Marcuse el sistema técnico era en sí mismo un sistema cuyo fin consistía en la *dominación*; tanto de la naturaleza como de los seres humanos; pero esto se invisibiliza porque el sistema técnico “*representa la dominación razonable de las cosas sobre los hombres: es decir, de los medios sobre los fines*”⁶⁰.

Es así como para Marcuse la emancipación humana no se puede llevar a cabo sin una revolución radical en la ciencia y tecnología mismas; la ciencia y la técnica tales como existen hoy en día están *intrínsecamente* dirigidas hacia la dominación, que al involucrarnos con la técnica lo que hacemos es *siempre* tácitamente aceptar sus objetivos. Por eso es necesario cambiarlas radicalmente si es que esperamos obtener de ellas algo diferente. En este punto es importante aclarar que Marcuse no se propone eliminar ni superar históricamente a la ciencia y la tecnología: incluso considera que esto es históricamente imposible. Lo que propone es la constitución de una nueva ciencia y una transformación radical de la tecnología..

⁵⁸ Marcuse, H., (1969), *La Sociedad Industrial y el Marxismo*, Buenos Aires, Quintaria, p. 36.

⁵⁹ *Ídem*, p. 34.

⁶⁰ *Ídem*, p. 21.

Habermas, por su parte, sostiene una tesis un tanto diferente, él cree que el objetivo ha de ser alcanzar “*la posible soberanía de la sociedad sobre las condiciones técnicas de la vida*,”⁶¹ que el fenómeno técnico deje de ser —como hasta ahora— el elemento determinante de nuestra vida social, sino que sea sometido a la voluntad general definida democráticamente, para esto, plantea que es necesario “*poner en marcha una discusión políticamente eficaz que logre poner en relación de forma racionalmente vinculante el potencial de saber y poder técnicos con nuestro saber y querer prácticos*,”⁶² con el fin de poner al saber técnico al servicio de las necesidades y deseos *sociales*.

De cualquier manera, incluso poniendo en suspenso el debate sobre si la dominación se encuentra ínsita en la propia constitución del aparato técnico-tecnológico, o si ésta le viene dada a través de “externalidades”, podemos decir con Esquirol que lo que queda claro es que “*el entendernos a nosotros mismos y saber por qué tipo de comunidad política y de mundo vale la pena esforzarse no es ya algo ajeno al meollo de la técnica*”⁶³.

Marcuse presenta sin lugar a duda un punto válido cuando afirma que la técnica es en sí misma dominación; pero aquí creemos que la técnica contiene en sí un entrecruzamiento de valores e intereses; desde los más evidentes por parte del capital, como intereses políticos, industriales e incluso imaginarios y utopistas del futuro.

En nuestros días la técnica es un fenómeno tan omniabarcante que, como dijimos, no puede pensarse ni la economía, ni la ciencia, ni *la política* sin referirnos a ella. Lo cierto es que hasta aquí nos hemos referido a cómo afecta y direcciona la política; pero no nos hemos detenido en la posibilidad de que exista una relación *dialéctica* entre ambas; es decir, en qué medida la política afecta a su vez a la técnica o, más aún, en qué punto esta última está intrínsecamente configurada por la primera. Esta es la tesis de dos de los principales pensadores en la historia de la filosofía de la tecnología; Langdon Winner y Herbert Marcuse.

Hay otros pensadores importantes en la materia, como Habermas, que consideran que, así como la técnica es en nuestros días largamente guiada y determinada por intereses económicos, y lo que se debe hacer es someterla a intereses de otro tipo; a saber, *sociales*. A fines a los que se debe arribar democráticamente a través de la comunicación y el entendimiento. Como dice Habermas, “*nuestro problema puede entonces adoptar la forma de*

⁶¹ Habermas, J. (2015), *Ciencia y Técnica como ‘Ideología’*, Madrid, Tecnos, p. 126.

⁶² *Ídem*, pp. 128-29.

⁶³ Esquirol, J., (2011), *Los Filósofos Contemporáneos y la Técnica*, Barcelona, Gedisa, p. 13.

una pregunta por la relación entre técnica y democracia: ¿cómo podría la capacidad de disposición técnica ser restituida a la esfera del consenso de los ciudadanos que interactúan y discuten entre sí?”⁶⁴.

En este marco, ya no podemos pensar la política como una esfera aislada, ni la técnica como un mero instrumento. La cuestión de la política de los artefactos no es ya una rareza académica, sino una urgencia civilizatoria: repensar la técnica es también reimaginar lo político. Porque no hay técnica sin decisión, y toda decisión —aunque sea delegada, automatizada o invisibilizada— configura un mundo posible. El riesgo mayor no es ya que los artefactos tengan política, sino que sigamos concibiéndolos como si no la tuvieran.

En este contexto, incluso la idea de 'neutralidad' técnica debería ser puesta en cuestión: ¿es posible hablar de una técnica neutral cuando sus efectos estructurales, sus ritmos y sus exigencias moldean nuestras formas de vida, de trabajo y de pensamiento? Tal vez la verdadera neutralidad consista, precisamente, en aceptar sin discusión los fines que el sistema impone por defecto.

Mientras más se desplazan las decisiones humanas hacia sistemas técnicos opacos, más urgente se vuelve reabrir el debate sobre qué sociedad queremos, quién decide sobre ella y con qué herramientas. Repolitizar la técnica no es un lujo académico: es el prerrequisito de cualquier horizonte emancipatorio.

Porque si los artefactos tienen política, entonces también tienen futuro. Y si ese futuro va a estar regido por su lógica interna o por una voluntad colectiva que los reoriente, depende de si somos capaces —como individuos y como sociedad— de reinsertar el juicio político allí donde hoy reina la automatización. En última instancia, la pregunta por la política de la técnica es también la pregunta por nuestra libertad. Tal vez la pregunta no sea si los artefactos tienen política, sino si nosotros todavía tenemos el coraje de tenerla.

⁶⁴ *Ídem*, p. 123.

Capítulo 2.

Consecuencias Culturales

1. La *colonización cultural* por parte de la técnica

“Concebir al progreso como desagregado y contingente, en lugar de como totalitario y necesario, significa pensar que las regresiones son siempre posibles, por un lado, y que, por otro, pueden existir avances en un dominio —como el tecnológico y científico, simultáneamente a retrocesos en otros —como el cultural y político”⁴⁴

La técnica echa por tierra la mitología existente hasta entonces, inaugurando un *desencantamiento del mundo* —en terminología weberiana— reduciendo la naturaleza y sus procesos a, en términos heideggerianos, *objetos-a-la-mano*; es decir, objetos a interpretarse y manipularse libremente a conveniencia. Sin embargo, es necesario para nosotros *qua* seres humanos, el sostener algún tipo de centro articulador de nuestras creencias, algún tipo de ordenamiento de nuestras acciones. Entonces, el *ethos* propio de la técnica, tras desterrar a los *grandes relatos* de antaño, como la mitología y la religión, ocupa felizmente ese lugar central. Así, la ciencia y la técnica, pilares de la *Ilustración*, devienen —paradójicamente— *mitología*, y su bagaje subjetivo adquiere tintes *totalitarios*, ya que la vida social queda relegada a un rol pasivo frente a los caprichos, cambios y avances que la técnica propone e impone, colonizando ámbitos propios de la vida social, como la política, la economía y la

ciencia; que se convierten cada vez más en disciplinas técnicas, dejando poco espacio para otras ideas o potencialidades.

2. El desprecio por el pensamiento “inútil”

“El hombre moderno nunca se plantea la cuestión del precio de su poder. Esta cuestión es, en definitiva, la que será necesario plantear”⁶⁵

—Jacques Ellul

Como hemos visto, los valores no técnicos tienden a desaparecer, postergados por la racionalidad científico-técnica, que destruye los valores tradicionalmente concebidos como lo propio de lo humano; los valores *éticos* tienden a ser juzgados como obsoletos, idealistas e irrelevantes, por lo que son desestimados inmediatamente, sin espacio para el debate. Como dice Ellul, *“existe la profunda convicción de que los problemas técnicos son los únicos problemas serios”⁶⁶*. Marcuse, afirma que, siendo que el sistema de vida creado por la industria moderna ha demostrado su *utilidad y eficiencia*, la razón —juzgada casi exclusivamente a partir de estos cánones— deviene una actividad idéntica a la *facticidad*. La

⁶⁵ Ellul, J., (2003), *La Edad de la Técnica*, Barcelona, Octaedro, p. 199.

⁶⁶ *Ídem*, p. 306.

actitud racional actual sugiere la sumisión razonable para garantizar el orden prevaleciente. Incluso más, el rechazo emocional e intelectual a “seguir con la corriente” con los requerimientos propios del sistema técnico, en nuestros días aparece como una postura neurótica e *impotente*.

Marcuse afirma que *“al igual que la filosofía, la teoría crítica se opone a la justicia de la realidad, al positivismo satisfecho. Pero, a diferencia de la filosofía, fija siempre sus objetivos a partir de las tendencias existentes en el proceso social. Por esta razón no teme ser calificada de utópica.”*⁶⁷ Frente a esta situación, lejos de darse por refutado, sostiene que *“cuando la verdad no es realizable dentro del orden social existente, la teoría crítica tiene frente a este último el carácter de mera utopía. Esta transcendencia no habla en contra sino a favor de su verdad.”*⁶⁸

La compulsión actual hacia la continuación del sistema tal como existe hoy, resulta curiosa porque si bien durante la Ilustración y buena parte del siglo XIX, se creía que el progreso científico-técnico podría trascenderse a sí mismo y así conducir —inevitadamente— al florecimiento moral y cultural, y que su avance terminaría fecundando, como por un *efecto derrame*, la moral, la política y el arte; esta era una de las razones por las que solía —más o menos conscientemente— aceptarse o promoverse. En nuestros días, tras transitar Auschwitz, Hiroshima y otros tantos desastres (tanto ecológicos como sociales), esta creencia merece ser seriamente cuestionada. Y aunque la experiencia histórica nos ha enseñado —y de las maneras más duras— que los avances técnicos no se traducen necesariamente en avances culturales o éticos, se sigue insistiendo ciegamente en su promoción, como si la historia no hubiera dicho ya lo suficiente.

Pero hay todavía un problema más, y es que dada su naturaleza estructural *“las causas de los abusos o las atrocidades se revelan tan sistémicas, tan difusas, que ningún individuo puede aparecer con claridad como el responsable de la catástrofe.”*⁶⁹ Al tiempo que *“el modelo ético basado en la responsabilidad individual, compartido por la mayor parte de las tendencias intelectuales al interior de la filosofía moral, cuenta con poca prédica sobre la conducta del capital o las corporaciones.”*⁷⁰ Es decir, las teorías éticas de los grandes pensadores del pasado que hemos estudiado largamente se revelan insuficientes para pensar

⁶⁷ Marcuse, H., (1978): "Filosofía y teoría crítica", en H. Marcuse: Cultura y Sociedad, Buenos Aires, Sur, p. 85.

⁶⁸ *Ídem*.

⁶⁹ Fisher, M., (2019), *Realismo Capitalista*, Buenos Aires, Caja Negra, p. 108.

⁷⁰ *Ídem*, p. 104.

el mundo actual. Es por eso que “*es necesario, más que nunca antes, cargar las tintas nuevamente en la estructura. En lugar de decir que cada uno, somos responsables del cambio climático, podríamos decir que nadie en verdad lo es y que ese es el problema.*”⁷¹ Como también afirma Fisher, “*¿Alguien cree, por ejemplo, que mejorarían las cosas si reemplazáramos a todos los cuadros gerenciales de las empresas y los bancos con un nuevo conglomerado de ‘mejores personas’? Por el contrario, es obvio que es la estructura la que genera los vicios, y que mientras permanezca, los vicios se reproducirán.*”⁷² Los problemas éticos a los que nos enfrentamos hoy en día requieren marcos de acción y comprensión quizás inéditos en la historia humana; requieren de manera urgente la acción *colectiva*. Hoy necesitamos que la historia sea más que sus protagonistas; esperemos estar a la altura.

En una era donde los efectos colaterales del sistema técnico exceden por completo la capacidad de intervención del sujeto individual, ya no basta con apelar a la ética de la conciencia individual. Es necesario gestar nuevas formas de responsabilidad estructural. Porque si el sistema técnico ha alterado las condiciones de la acción, la ética deberá aprender a pensarse desde esa alteración.

Quizás el mayor gesto filosófico hoy consista en rescatar el derecho a pensar lo impensable, a imaginar otros órdenes más allá del tecnosistema que se presenta como destino. La urgencia no está en negar la técnica, sino en interrogar su hegemonía.

Frente a un sistema que neutraliza todo sentido en nombre de la eficiencia, la recuperación del pensamiento “inútil” no es nostalgia ni capricho: es una exigencia *existencial*. En un tiempo que desprecia lo *inútil*, pensar sin “utilidad”, movidos por el deseo de sentido o el impulso de justicia, puede ser la forma más *racional* de resistencia.

⁷¹ *Ídem*, p. 104.

⁷² *Ídem*, p. 106.

2. La Planificación Técnica y el *sentido* perdido

Los fines de la técnica no pueden estar separados de los fines de la vida

—Johanna Sjerpstra

Aquí creemos que la racionalidad humana no es mera *logicalidad*, que no puede ser reducida a la razón estrictamente instrumental. Consideramos que es necesario discutir *también* la *racionalidad de los fines*. El proyecto de la Ilustración queda inacabado si la sociedad moderna es incapaz de preguntarse acerca de la racionalidad misma de su propio accionar. No hacerlo implicaría que el proyecto de la Ilustración no solamente quedara trunco, sin acabar, sino incluso sin *ilustrar*. Tal como plantea Habermas, “*en las relaciones entre un actor y un mundo de objetos perceptibles y manipulables sólo se puede hacer valer una racionalidad cognitivo-instrumental, pero lo que no puede caber en tal ‘racionalidad con arreglo a fines’ es el poder unificador de la razón, poder que aquí se concibe como praxis emancipadora.*”⁷³ Pensar en una racionalidad más omnicomprensiva no es sólo necesario a nivel teórico o social, sino que —paradójicamente— quizás incluso pueda ser pensado como una necesidad *técnica*. Tal como dice Ellul:

los que se asustan ante esta proliferación administrativa, ante este aumento de las actividades del Estado, los que censuran la Seguridad Social porque emplea demasiados funcionarios, los que piensan que un retorno al liberalismo evitaría todo esto, demuestran que no han comprendido la evolución de nuestro tiempo. Ello no se ha producido en virtud de una elección del Estado, ni por una decisión

⁷³ Habermas, J., (2013), *El Discurso Filosófico de la Modernidad*, Buenos Aires, Katz, p. 78.

teórica, sino por razones independientes de su voluntad. El Estado no puede ser hoy Estado sin las técnicas, de la misma manera que el comerciante no puede trabajar sin teléfono ni automóvil⁷⁴

Para Ellul, el poderío técnico no puede nunca dejar de ejercerse, y, por lo tanto, de expandirse todo cuanto le sea posible. Como hemos visto, el sistema técnico, una vez puesto en marcha resulta muy difícil de detener; por esto mismo dice Ellul que “*parece que hoy no puede escaparse a la decisión de los hechos y la decisión de los hechos parece orientarnos hacia la planificación*”⁷⁵. El poderío técnico ha alcanzado una magnitud tal, que es hora de que la técnica —incluidas la económica y científica— se *piensen a sí mismas*. Esto se evidencia en algunas de las consecuencias más indeseadas con las que nos ha enfrentado el sistema técnico-económico, tales como el cáncer, la guerra nuclear, la deshumanización del trabajo, la contaminación del aire, y —un poco más recientemente— la manipulación sistemática del pensamiento y la conducta, y *el calentamiento global*, entre muchos otros. En este sentido, se hace urgente la necesidad de pensar si sigue siendo el sistema más conveniente aquel en el que la rentabilidad privada es considerada como el *valor último*. Así, consideramos que, tanto dentro de la ciencia económica como de la técnica, “*lo deseable (incluso como conquista) no sólo consiste en la expansión, sino a veces también en la armonía y el equilibrio; que la operatividad no tiene por qué reducirse a acumulación y avance*”⁷⁶. Es decir, es necesario divorciar las ideas de *desarrollo y progreso* de los conceptos de eficiencia y crecimiento; o, por lo menos, pensar a estos dos últimos de forma omniabarcativa, inteligente, consciente y *holísticamente racional*.

Por todo esto es que cuestionamos si la economía debiera seguir siendo concebida como técnica, positiva, objetiva, como si su objetivo fuese meramente interpretar la realidad existente, o si también ha de ser *ilustrada*, y debe contribuir a cambiarla. En este sentido, Habermas defiende los “*ideales de la democracia participativa y deliberativa orientados hacia el logro de un consenso*”⁷⁷; por lo que adelanta su concepto de *acción comunicativa*, como contrapeso a la meramente *instrumental*; esta alude a los planes de acción que no se coordinan solamente a través de un cálculo de resultados, sino mediante el entendimiento. Es

⁷⁴ Ellul, J., (2003), *La Edad de la Técnica*, Barcelona, Octaedro, pp. 257-258.

⁷⁵ *Ídem*, p. 190.

⁷⁶ Esquirol, J., (2011), *Los Filósofos Contemporáneos y la Técnica*, Barcelona, Gedisa, p. 205

⁷⁷ Coeckelbergh, M., (2023), *La Filosofía Política de la Inteligencia Artificial*, Madrid, Cátedra, p. 87.

la conciencia de que la delineación y selección de fines —de la misma forma que los medios para alcanzarlos— pueden ser *también* productos de un proceso *racional*. Esta racionalidad no se centra exclusivamente en qué queremos, sino también en por qué y para qué. Es la consideración de que las elecciones conscientes no pueden ser únicamente procesos racionales de cálculo, sino que deben incluir también decisiones estratégicas y juicios éticos, cuestiones que la razón instrumental ignora o releva.

Es necesario hacernos las preguntas que ni la técnica, ni las ciencias, ni la ciencia económica, tal como existen ahora, parecen capacitadas para —o interesadas en— responder. Justamente porque —como vimos— el sistema técnico no espera una autorización social o política para desarrollarse; lo cual refuerza la urgencia de introducir deliberación y control colectivo.

Para ello es preciso en primer lugar —como intentamos hacer desde estas páginas— poner al descubierto qué es lo que domina, e intentar *hacer consciente lo inconsciente*, para, una vez develado, evaluarlo para evitar que lo ocupe todo. Es necesario entonces rehabilitar las preguntas, siempre solapadas y postergadas por la “urgencia” de la técnica —en sus distintos niveles— y volver a discutir el *sentido*, qué es lo que queremos y cómo queremos vivir.

El propósito de la crítica de Marx era la de transformar también esa adaptación secundaria del marco institucional en una adaptación activa y poner bajo control el cambio estructural de la sociedad misma. Con ello habría de quedar superada una fundamental situación de toda la historia transcurrida hasta ese momento y quedar consumada la autoconstitución de la especie: el fin de la prehistoria⁷⁸.

Tal como repone Habermas, el propósito de Marx no se agotaba en una extensión de la razón instrumental, de nuestro dominio técnico sobre las condiciones de la naturaleza; sino, por el contrario, en tomar las riendas y poder dirigir *conscientemente* la historia y el sentido de nuestra sociedad. Para Marx, hasta ahora, la historia ha sido algo que *nos sucede*, algo respecto a lo cual somos víctimas pasivas, y que avanza sin una voluntad clara o un fin

⁷⁸ Habermas, J. (2015), *Ciencia y Técnica como 'Ideología'*, Madrid, Tecnos, p. 104.

premeditado. Es decir, avanza sin planificación ni conciencia; por eso sostenía que todavía estamos en la *prehistoria*. Habermas secunda esta postura cuando dice que:

El aprovechamiento de un potencial aun no realizado puede conducir a la mejora de un aparato económico industrial, pero hoy no conduce ya *eo ipso* a un cambio en el marco institucional con consecuencias emancipatorias. Pues la cuestión no es que *agotemos* las posibilidades de un potencial disponible o de un potencial aun a desarrollar, sino que *elijamos* aquello que podemos querer para llevar una existencia en paz y con sentido⁷⁹

La “religión” del avance técnico como valor en sí mismo es un paradigma que debe ser cuestionado, pues está claro que nos ha generado consecuencias indeseadas. “*Yo solo creería en un Dios que supiera bailar*” decía Nietzsche, a lo que habría que agregar, *a nuestra música y a nuestro ritmo*. Por lo que no se trata de agotar las posibilidades de desarrollo del sistema, sino de *elegirlo*, de llevar las riendas del desarrollo técnico de manera colectiva y consensuada. En este sentido, tanto Marx como Habermas, son autores de raigambre Moderna, que entienden que el progreso hacia un mejor futuro ha de proceder necesariamente de una reflexión consciente, pues “*una administración verdaderamente ‘racional’ sería la utilización de la riqueza social para desarrollar libremente y satisfacer las necesidades humanas*”⁸⁰.

Por todo lo anterior es que los valores humanos deben estar presentes en la estructura o por lo menos en la dirección del sistema técnico; como dice Winner, “*debemos imaginar y construir regímenes técnicos compatibles con la libertad, la justicia social y otros fines políticos clave*.”⁸¹ La importancia de la presencia de la *acción comunicativa* dentro del esquema técnico es crucial, dado que “*una sociedad fundada en la ciencia, como la actual, puede constituir una sociedad racional en la medida en que el desarrollo del conocimiento científico básico y aplicado tenga dirección mediada por la opinión pública, o sea, cuando la*

⁷⁹ *Ídem*, p. 108.

⁸⁰ Marcuse, H., (1969), *La Sociedad Industrial y el Marxismo*, Buenos Aires, Quintaria, p. 27.

⁸¹ Winner, L., citado de http://www.ifdcclbolson.edu.ar/mat_biblio/tecnologia/cursol/u1/13.pdf el 30/06/2024.

acción comunicativa *guía la acción racional intencional*”⁸². En definitiva, el desarrollo del sistema técnico ha de tener un *direccionamiento*, y la determinación de este ha de ser *democrática*. Como dijimos al principio, dejar de lado las ideas éticas es siempre dañino, y más cuando frente a ellas se erige a un sistema indiferente a lo *propiamente humano*.

La miopía de la reducción de la racionalidad humana a la razón instrumental radica en que esta última responde —y limita sus preguntas a— al *cómo*; a cuáles son los medios más eficientes para maximizar los resultados. Pero deja de lado una cuestión más fundamental: el *para qué*. Como ha quedado argumentado, los mandatos técnicos de la eficiencia son intra-sistémicos, y ahí es donde radica su incompletitud. Es necesario que la razón se expida también acerca de qué es lo que queremos alcanzar, en todos los ámbitos que hemos mencionado: el político, el económico y el científico.

El verdadero desafío ético de hoy no consiste ya en expandir nuestro desarrollo técnico, sino lograr que la *voluntad humana* recupere el timón de su propio destino. La delimitación colectiva de nuestros fines es, sin lugar a dudas, una tarea de *nuestra* razón, no delegable al automatismo ciego del sistema técnico.

No podemos seguir posponiendo las preguntas fundamentales. Ha llegado el momento de reformularlas con claridad: ¿Queremos una economía basada en la escasez o en la suficiencia? ¿Una ciencia al servicio del capital o del bien común? ¿Un progreso que acelera, o uno que *escucha*? La pregunta por el sentido ya no es un lujo filosófico, sino una necesidad política urgente.

¿Estamos dispuestos a seguir avanzando sin sentido, sólo porque sabemos *cómo*?

⁸² Esquirol, J., (2011), *Los Filósofos Contemporáneos y la Técnica*, Barcelona, Gedisa, p. 166.

Capítulo 3

La Sociedad y la Técnica

1. Genealogía de la Tecnificación

Como anunciamos, aquí nos proponemos realizar un análisis genealógico del mundo técnico en el que vivimos, y creemos que su gesta puede rastrearse a partir del surgimiento del sistema capitalista y su sistema organizacional de la producción. Marx afirma que en los principios del capitalismo tiene lugar lo que él llama una *subsunción formal* del trabajo al capital. Este fenómeno refiere a el proceso a partir del cual el capital en comienza por apropiarse de procesos productivos artesanales, sin modificar materialmente la forma en que se efectúan los procesos de producción, sino que simplemente tomando procesos preexistentes y subsumiéndolos bajo relaciones capitalistas de salario; es decir, sometiendo bajo su lógica formas de trabajo preexistentes.

El paso siguiente del desarrollo capitalista consiste en lo que Marx llama *subsunción real*, donde el capital efectivamente comienza a transformar materialmente algunos aspectos de los procesos productivos, tanto técnica como organizacionalmente⁸³. En este punto el capital no solo adopta herramientas, sino que las diseña a su medida. A su vez, implementa la conocida *división del trabajo*, a través de aspectos organizacionales de cooperación y control, y mediante la introducción de nuevas tecnologías y máquinas en los procesos productivos. Así, el “*el capitalismo, de manera excepcional entre todos los modos de producción que existieron*

⁸³ La distinción es meramente descriptiva, ya que como hemos dicho anteriormente, aquí consideramos la organización como parte del fenómeno técnico.

*hasta la fecha, es inmensamente exitoso en hacer crecer los niveles de productividad.”*⁸⁴ Pues “*despierta a la vida todos los poderes de la ciencia y de la naturaleza, así como de la cooperación y del intercambio sociales, para hacer que la creación de riqueza sea (relativamente) independiente del tiempo de trabajo empleado en ella*”⁸⁵. A raíz de este proceso, el trabajo (capital variable) comienza a ocupar un lugar cada vez menor respecto a la maquinaria empleada (capital constante); el incremento de la productividad entonces comienza a depender crecientemente del progreso técnico.

La creación de riqueza, entonces, se vuelve menos dependiente del tiempo de trabajo de los y las trabajadores, que del poder de la maquinaria puesta en funcionamiento. Si bien podría pensarse en un primer momento que este aumento de la productividad podría significar una reducción de la carga laboral de los primeros, lo que sucede es, como dice Ernst Bloch, “*hasta ahora la manufactura y el capitalismo han construido y desarrollado la técnica, al menos en el ámbito de la utilización industrial, sólo con el objetivo de obtener una producción en serie a bajo costo con elevadas ventas y altas ganancias, y no ya, como se pretende para facilitar el trabajo humano*”⁸⁶. Bloch era un pensador marxista; que, como éste, consideraba que “*la economización de trabajo mediante el desarrollo de la fuerza productiva del trabajo de ningún modo tiene por objeto, en la economía capitalista, la reducción de la jornada laboral*”⁸⁷. Incluso Marx dice expresamente que:

El hecho de que el obrero, habiéndose acrecentado la fuerza productiva de su trabajo, produzca por ejemplo en una hora 10 veces más mercancías que antes, o sea necesite para cada pieza de mercancía 10 veces menos tiempo de trabajo que antes, en modo alguno impide que se le haga trabajar 12 horas, como siempre, y que en las 12 horas deba producir 1.200 piezas en vez de las 120 de antes.”⁸⁸

⁸⁴ Srnicek, N., (2018), *Capitalismo de Plataformas*, Buenos Aires, Caja Negra, p. 16.

⁸⁵ Marx, K., (2009), *El Capital*, Buenos Aires, Siglo XXI, p. 229.

⁸⁶ Bloch, E., La Frialdad de la Técnica, en (comp. Tomás Maldonado) *Técnica y Cultura*, (p. 215), Buenos Aires, Infinito.

⁸⁷ Marx, K., (2009), *El Capital*, Buenos Aires, Siglo XXI, p. 389.

⁸⁸ *Ídem*.

La introducción de maquinaria, lejos de favorecer la situación de los y las trabajadores, para Marx redundante simplemente en un abaratamiento progresivo de la fuerza de trabajo, ya que, *“la finalidad constante y la tendencia de todo perfeccionamiento introducido en la maquinaria es, en realidad, prescindir enteramente del trabajo del hombre o reducir su precio”*⁸⁹.

Todavía más, allende al hecho de abaratar el costo del trabajo, la maquinaria, unida al capital, es una amenaza puesto que es capaz de directamente hacerlo superfluo, o cuanto menos sustituir el trabajo de los obreros calificados por el de los no calificados. Es decir, de reemplazar a los y las trabajadores caros por otros más baratos. Todavía más, la inserción de maquinaria, a la vez que abarata el valor de la mano de obra, también *domestica* a la masa laboral. Pues si más trabajadores compiten entre sí por menos y peores trabajos, la balanza de poder necesariamente se inclina en favor del capital.

El trabajo deja de tener como sujeto central a la fuerza productiva del productor/a inmediato, los cuales pierden centralidad; porque, al fin de cuentas, la ciencia y la técnica se convierten en la principal fuerza productiva. Marx señala que, aunque la máquina es un medio para aumentar la productividad, para producir más en menor tiempo, lo que el capital busca a través de ella es —haciendo uso de una racionalidad instrumental— alcanzar el resultado más inmediato y efectivo por parte del trabajo para —como vimos— aumentar sus ganancias, y *no* para reducir la carga horaria. En este sentido afirma Marx que *“hay quienes acusan a la ciencia físico-mecánica de servir al despotismo de los ricos capitalistas y de constituirse en el medio para la opresión de las clases pobres”*⁹⁰.

Entonces el capitalismo es el responsable de la tecnificación de la producción; tanto por haber subsumido al trabajo artesanal a su propia lógica, interviniendo en la organización de los tiempos productivos mediante la división del trabajo, como por la maquinización de la producción. Este último fenómeno acaba relegando a una porción cada vez más grande del trabajo humano de los procesos de fabricación y distribución de bienes y servicios. Pero, frente a lo que se podría conjeturar inicialmente, esto no redundante en una disminución del tiempo de trabajo.

⁸⁹ *Ídem*, p. 526.

⁹⁰ *Ídem*, p. 532.

2. El Abaratamiento del Trabajo

*“¿Por qué, entonces, todos esos discursos sobre la disminución de la mano de obra y los beneficios que sacaría el país de la reducción de los salarios? Su resultado no es otro que la reducción del poder adquisitivo de los asalariados y el estrechamiento del mercado interior”*⁹¹

—Coriat

Coriat afirma que las mejoras técnicas y tecnológicas representan, en principio *“ese sueño original del capital en busca del ‘movimiento perpetuo’ de la fábrica.”*⁹² A la vez, también representan un segundo sueño en el sentido en que *“estas nuevas tecnologías son una salida de la crisis en la medida en que restablecen la productividad y la rentabilidad,”*⁹³ ya que además de permitir fabricar a un mayor ritmo, también posibilitan el abaratamiento de los costos productivos (incluido el del salario). Sin embargo, estas mejoras productivas, no mejoran la rentabilidad a *todos* los productores, ya que no todos tienen siempre acceso a las últimas mejoras tecnológicas, por lo que *“estas diferencias de productividad no pueden durar mucho. A la larga, acaban por traer a la ruina a las unidades de producción basadas en los soportes menos eficaces.”*⁹⁴ Si el pez grande siempre acaba siempre comiéndose al pequeño, este proceso termina favoreciendo la aparición de monopolios, (u oligopolios en su defecto), lo cual aumenta la desigualdad.

Por todo esto, Coriat termina por afirmar que *“la racionalización de los procesos de trabajo es un constante vehículo y factor de ‘crisis’.”*⁹⁵ En este punto, Coriat cuestiona dos de los principales axiomas de la teoría económica ortodoxa; el primero es precisamente el creer que

⁹¹ Coriat, B., (1975), *El Taller y el Cronómetro*, Siglo XXI, p. 92.

⁹² Ídem, p. 38.

⁹³ Coriat, B. Entrevista citada de

<https://www.schonthal.esc.edu.ar/arch/Coriat%20Benjamin%20-%20Taylorismo%20fordismo%20y%20nuevas%20tecnologias%20en%20los%20países%20semiperifericos.pdf> el 30/06/2024.

⁹⁴ Coriat, B., (1975), *El Taller y el Cronómetro*, Siglo XXI, p. 89.

⁹⁵ Ídem, p. 91.

los agentes piensan y actúan de forma absolutamente racional, y esto —como vimos— no necesariamente o no siempre es así; el segundo es la creencia de que la economía tiende al equilibrio. Aquí Coriat está sosteniendo lo opuesto; es decir, que la economía (o en este caso el sistema económico en conjunción con la técnica), tiende siempre a generar *crisis*. Esto tiene una importancia directamente *política*, ya que la teorización del Estado depende *siempre*, (bajo cualquier ideología), directamente de la teorización del mercado. Creer que el sistema económico tiene al *equilibrio*, que se autorregula y genera automáticamente una asignación eficiente de los recursos, conlleva a desligar a la ética —como hemos visto— del campo de la teoría económica. Sostener lo contrario lleva a sostener que el mercado necesariamente requiere una fuerte intervención por parte del Estado. En este sentido, Coriat afirma que lo que había asegurado la acumulación de capital hasta nuestros días:

no son sólo las tecnologías fordistas, es la suma de las tecnologías fordistas, *más* el reconocimiento de la estructura sindical, *más* el establecimiento de contratos regulares, que garantizan la conversión de la productividad en aumento de los salarios y del poder de compra, más el Estado de Bienestar social (Welfare State). Es decir, nuevas tecnologías de esa época, o sea el fordismo, más el reparto de los incrementos en la productividad, más aumentos de salarios, más Welfare State⁹⁶

Como ya anticipaba Marx, la crisis no es un accidente del capital, sino una de sus condiciones de existencia: el capital tiende a sobreproducir más allá de la capacidad de consumo que él mismo reduce. La ampliación constante de la capacidad productiva, sin una expansión paralela del consumo, conduce necesariamente a una crisis de sobreproducción. La mercadería producida no encuentra comprador, porque los ingresos de la mayoría no alcanzan para adquirirla. Para Coriat, “*extraer productividad no garantiza acumulación. Para que la productividad se traduzca en acumulación hacen falta ciertas condiciones sociales,*

⁹⁶ Coriat, B. Entrevista citada de <https://www.schonthal.esc.edu.ar/arch/Coriat%20Benjamin%20-%20Taylorismo%20fordismo%20y%20nuevas%20tecnologias%20en%20los%20países%20semiperifericos.pdf> el 30/06/2024.

salariales”⁹⁷, en esta línea plantea incluso una conversión de una parte importante de la productividad en salarios, para poder aumentar así el poder de compra⁹⁸. En este sentido, se posiciona como un neo-keynesiano; en favor del fortalecimiento de la demanda efectiva y los salarios.

Si la maquinaria abarata los salarios y genera una vulnerabilidad del trabajo frente al capital; lleva —como dijimos— a desigualdades productivas, ya que no todas las unidades productivas pueden acceder siempre a los mismos beneficios técnicos; lo que deja a muchas fuera de la competencia. Por esto, cabe señalar que beneficia a una parte cada vez más pequeña del capital. A su vez, si los salarios se ven afectados por la introducción de maquinaria, este proceso dificulta la *realización* de la producción; pues el poder de compra de la masa de trabajadores y trabajadoras se comprime, afectando necesariamente las ventas y el consumo.

Así, la técnica aparece como solución a problemas que ella misma genera. Este bucle paradójico, en el que la productividad busca resolver la crisis que su propio despliegue produce, constituye una de las formas más perversas de autolegitimación del sistema técnico-económico contemporáneo.

¿Qué sentido tiene producir más si no podemos vivir mejor?

⁹⁷ *Ídem.*

⁹⁸ *Ídem.*

3. El Desempleo

“sólo hay una cosa peor que ser explotados por capitalistas y es no ser explotados en absoluto”

—Joan Robinson

Como hemos visto, todavía existe una gran confianza tanto respecto del sistema técnico, como en que la economía funciona como este; es decir, que se autorregula a través de automatismos cuasi maquínicos:

Durante más de un siglo las previsiones económicas tradicionales afirmaban que el aumento de la productividad como consecuencia de las nuevas tecnologías, la reducción en los costes de producción y el incremento en la oferta de productos baratos que estimulaban el poder adquisitivo, ampliaban las dimensiones del mercado y generaban un mayor número de puestos de trabajo⁹⁹

El discurso económico ortodoxo siempre abogó en favor de introducir maquinaria en los procesos productivos; el argumento era sencillo: si se abaratan los costos de producción, esto habilita la venta de los bienes a precios más bajos, de bajar los precios, indirectamente conllevaría a un enriquecimiento general de la población en términos reales —incluso sin un aumento de los salarios— pues con los mismos ingresos podrían comprar *más* bienes. Esto ha probado no ser así por al menos dos razones. La primera es que, al ser un enfoque intra

⁹⁹ Rifkin, J., (1997), *El Fin del Trabajo*, Buenos Aires, Paidós, p. 37.

sistémico, no considera a la población que está directamente fuera del sistema que, aunque excluida, genera una presión constante hacia la baja de los salarios. Su mera existencia hace decrecer los salarios de aquellos que aún continúan empleados. El segundo es que el capital no tiene como prioridad vender *toda* su producción, sino maximizar su *ganancia*, por lo que resulta más conveniente vender 6 unidades a \$ 2, que vender 10 a \$ 1. Y en un sistema tendiente a la monopolización, son estos “*factores que aconsejan a las grandes empresas no bajar sus precios ante los posibles aumentos del nivel de productividad o reducción de los costes salariales.*”¹⁰⁰ Por todo esto es que el abaratamiento de los costos productivos no suele traducirse en bajas de precios, sino que, por el contrario, el progreso técnico tiende, *a la vez*, a elevar los niveles de productividad y crear el paro. Como dice Srnicek:

Una de las consecuencias más importantes de este modelo esquemático del capitalismo es que demanda un cambio tecnológico constante. En el esfuerzo por cortar costos, eliminar a los competidores, controlar a los trabajadores, reducir los tiempos muertos y ganar participación en el mercado, los capitalistas se ven incentivados a transformar continuamente el proceso laboral”¹⁰¹

La automatización de gran parte de los procesos productivos puede, a la vez, aumentar la riqueza de un país, mientras deteriora o convierte en superflua a la mayoría de la población; hoy existen “*millones de individuos excluidos del trabajo asalariado y que, tal como van las cosas, seguirán en esa condición durante décadas,*”¹⁰² ya que en nuestra época no cabe ya hablar del desempleo como un fenómeno temporal o coyuntural, sino que se trata de algo endémico, permanente, porque la lógica imperante supone y propicia la supresión de puestos de trabajo. Las corporaciones, al ver aumentar sus márgenes de ganancia, lejos de aumentar los sueldos, responden reduciendo su personal

¹⁰⁰ García Menéndez, J.R., (2011), *Crítica de la Razón Económica*, Tomo II, Reino Unido, EAE, p. 199.

¹⁰¹ Srnicek, N., (2018), *Capitalismo de Plataformas*, Buenos Aires, Caja Negra, p. 18.

¹⁰² Forrester, V., (1997), *El Horror Económico*, Buenos Aires, FCE, pp. 11-12.

Es curioso porque todo esto sucede dentro de un marco donde, tanto desde la política como desde la economía, se insiste en —como vimos— *mantener el sistema*, sin realizar mayores cambios, *incluso* cuando desde el sistema técnico-maquinico, las transformaciones han sido gigantes. Frente a las crisis, las “salidas” o recetas “políticas” suelen tener el carácter de —obviamente— “reformas”, siempre bajo el aura del tradicionalismo ideológico. Lo único que ofrece el poder público a los trabajadores es su obstinada insistencia en “*un sistema rígido, vetusto, que les impone precisamente lo que les niega: una vida ligada al trabajo asalariado y dependiente de él*”¹⁰³. Paradójicamente, el trabajo comienza a desaparecer en una sociedad encaprichada en seguir insistiendo con éste como sus cimientos y criterios.

El desempleo ya no puede pensarse como una falla del sistema, sino como una expresión directa de su funcionamiento. En un contexto donde la rentabilidad se prioriza por sobre cualquier otra variable, la exclusión de quienes no resultan productivos o competitivos no es una anomalía, sino una consecuencia previsible de un sistema que no necesita a todos, pero exige que todos dependan de él. El problema, entonces, no es solo económico: es político y profundamente social. Si el trabajo desaparece, pero las estructuras sociales continúan dependiendo de él, el conflicto deja de estar en los márgenes y se instala en el corazón del orden vigente.

El desempleo, lejos de ser una excepción o una etapa a superar, se revela como el resultado lógico de un sistema que ha naturalizado —e incluso buscado activamente— la exclusión. La lógica de maximización de beneficios no solo no requiere del pleno empleo: lo evita de forma activa. En ese marco, el problema del desempleo no es simplemente un daño colateral, sino una manifestación del modo en que el capital organiza la producción. Si las instituciones se obstinan en —como vimos— preservar el modelo existente, centrado en el trabajo, incluso cuando el propio sistema técnico lo vuelve innecesario, entonces lo que tenemos ante nosotros no es un simple fallo técnico, sino una crisis profunda de sentido y de legitimidad.

¹⁰³ *Ídem*, p. 81.

3.1 El Desempleo Tecnológico

*“El ocio de los hambrientos, o de los necesitados, no es ocio en absoluto, sino una actividad incesante dirigida a mantenerse vivos o mejorar su situación”*¹⁰⁴

—Srnicek y Williams

Como hemos visto, con la introducción de maquinaria en los procesos productivos, la productividad aumenta, de la mano del desempleo. Como advirtieron tanto Marx como Keynes, en nuestros tiempos:

Nos afecta una nueva enfermedad de la que algunos lectores puede que aún no hayan oído su nombre, pero de la que oirán hablar mucho en el futuro inmediato —se denomina ‘desempleo tecnológico’. Esto significa desempleo debido al descubrimiento según el cual se economiza el uso de la mano de obra excediendo el ritmo al que podamos encontrar nuevos usos alternativos para toda esta mano de obra¹⁰⁵

En nuestros días, el llamado *desempleo tecnológico* es ya una realidad, hoy millones de personas han sido directamente eliminadas de los procesos económicos, “*víctimas de la revolución tecnológica que está sustituyendo, a pasos agigantados, a los seres humanos por máquinas en la práctica totalidad de sectores económicos e industrias de nuestra economía global.*”¹⁰⁶ La tecnología va dejando “*cada vez menos espacio para la directa participación del ser humano en la fabricación, venta y servicio,*”¹⁰⁷ en favor de una creciente

¹⁰⁴ Srnicek, N. y Williams, A., *Inventar el Futuro*, Buenos Aires, Malpaso.

¹⁰⁵ Rifkin, J., (1997), *El Fin del Trabajo*, Buenos Aires, Paidós, p. 47.

¹⁰⁶ *Ídem*, p. 18.

¹⁰⁷ *Ídem*, p. 198.

automatización. Así las cosas, son “*las innovaciones tecnológicas que nos están llevando al borde de un mundo carente de trabajo para todos.*”¹⁰⁸

Las perspectivas futuras indican que este proceso no va a hacer más que profundizarse en las próximas décadas, “*la automatización parece la amenaza más inminente y los cálculos sugieren que entre el 47 y el 80 por ciento de los empleos actuales podrán ser automatizables en las próximas dos décadas.*”¹⁰⁹ El avance técnico-tecnológico no parece que vaya a frenarse, sino todo lo contrario; “*en los próximos años nuevas y más sofisticadas tecnologías informáticas basadas en la información y en el empleo de los ordenadores llevarán a la civilización a situaciones cada vez más próximas a la desaparición del trabajo.*”¹¹⁰ La situación actual pareciera estar encaminada a profundizarse. Así, “*entramos en una nueva fase de la historia mundial, en la que será necesario un número cada vez menor de trabajadores para producir los bienes y servicios requeridos por la población mundial.*”¹¹¹ El sueño utopista de una sociedad automatizada está resultando en una pesadilla para muchas personas que siguen dependiendo de la posibilidad de vender su fuerza de trabajo en el mercado para poder sobrevivir, ya que se sigue insistiendo en continuar con modelos sociales que no acompañan las nuevas realidades sociales y técnico-tecnológicas.

Estamos actualmente viviendo “*en un mundo en el que los avances tecnológicos prometen incrementar de forma dramática la productividad y la fabricación de productos terminados mientras que se marginan o se eliminan del proceso económico millones de trabajadores.*”¹¹² muchos analistas incluso auguran una economía basada en una automatización casi completa para mediados de este siglo. Por esto es que Rifkin afirma que “*millones de personas pertenecientes a una sociedad carente de empleo masivo formal será probablemente el elemento de presión social más importante del próximo siglo*”¹¹³.

Si bien puede pensarse que, como ocurrió con la Revolución Industrial, podría tener lugar simplemente una migración desde un tipo de trabajo a otros, o que las nuevas tecnologías, a la vez que reemplazan trabajo y mano de obra también —lo cual es cierto— generan otros empleos o *nichos* que anteriormente no existían; lo cierto es que el número de científicos/as, especialistas en computadoras, ingenieros/as, productores/as, escritores/as (quizás) que el

¹⁰⁸ *Ídem*, p. 18.

¹⁰⁹ Srnicek, N. y Williams, A., *Inventar el Futuro*, Buenos Aires, Malpaso.

¹¹⁰ Rifkin, J., (1997), *El Fin del Trabajo*, Buenos Aires, Paidós, p. 17.

¹¹¹ *Ídem*, p. 18.

¹¹² *Ídem*, p. 64.

¹¹³ *Ídem*, p. 17.

sistema tecnológico que se está gestando pudiera necesitar para programar, diseñar y monitorear el sistema de producción y distribución, es sin dudas despreciable comparado con el de los millones de empleados que están siendo —y seguirán siendo— desplazados tanto de la producción como de la distribución minorista. Es por esto que “*lo que nos auguran las próximas dos décadas es un futuro en el que la economía global será cada vez menos capaz de producir empleos suficientes (y mucho menos buenos) en el que, no obstante, seguiremos dependiendo del empleo para subsistir*”¹¹⁴. Tal es así que “*muchas personas en la comunidad empresarial reconocen que algunas de las innovaciones e industrias de alta tecnología crean mucho menos empleos que los que sustituyen*”¹¹⁵, y que “*no se ha desarrollado ningún sector ‘significativo’ que permita absorber los millones de asalariados que han sido despedidos*”¹¹⁶, es por esto que “*en cualquier punto del mundo, hombres y mujeres se están cuestionando si existe algún papel para ellos en el nuevo futuro que se desplegará a lo largo y ancho de la economía global*”¹¹⁷.

Lejos del sueño tecnoutopista de una sociedad liberada del trabajo, las mayorías siguen dependiendo del trabajo para sobrevivir, en un contexto en el que su fuerza de trabajo es cada vez menos requerida. Así las cosas, la sociedad futura se parece más a un retroceso hacia un *neo-feudalismo*, que al paraíso de la sociedad de abundancia donde las máquinas trabajaran por todos/as nosotros/as con la que se sueña desde los tiempos de Aristóteles.

El desempleo tecnológico no es una anomalía, sino el desenlace lógico de un sistema que reemplaza *personas* por *eficiencia*. La técnica —en su forma actual— lejos de liberar, excluye; no aparece como herramienta de emancipación, sino como vector de desposesión. En un mundo donde el trabajo desaparece, pero su necesidad persiste, la contradicción ya no es solo económica: es existencial.

Lejos de abrir horizontes de libertad o bienestar compartido, el avance tecnológico amenaza con consolidar un mundo en el que la mayoría queda al margen, no por incapacidad, sino por simple irrelevancia sistémica. Así, lo que muchos llaman progreso, hoy comienza a parecer una forma sofisticada de exclusión. La paradoja es brutal: cuanto más productiva se vuelve la sociedad, menos lugar parece tener para los seres humanos. Y mientras el trabajo desaparece,

¹¹⁴ Srnicek, N. y Williams, A., *Inventar el Futuro*, Buenos Aires, Malpaso.

¹¹⁵ Rifkin, J., (1997), *El Fin del Trabajo*, Buenos Aires, Paidós, p. 57.

¹¹⁶ *Ídem*, p. 59.

¹¹⁷ *Ídem*, p. 33.

su necesidad persiste, no por razones económicas, sino por una estructura social que aún no ha aprendido a imaginarse sin él.

3.2 El Desempleo Tecnológico en el Mundo Actual

“¿Son necesarios los seres humanos?”

— Bertrand Russell

El futuro ya está aquí; y no parece estar acelerando en una dirección donde los sueños de una soberanía tecnológica colectiva sean tenidos en cuenta. Por el contrario, lo que ha surgido son *“nuevas formas de explotación y el amenazador panorama del capitalismo sin humanos.”*¹¹⁸ Estamos avanzando a pasos de gigante hacia una sociedad sin clase trabajadora. Por todo esto es que ya no nos parece sostenible la creencia de que la calidad de la convivencia social ha de mejorar con la disminución del trabajo.

En tiempos donde las máquinas de todo tipo reemplazan cada vez más el trabajo humano, *“la economía global puede producir una mayor cantidad de bienes y servicios empleando, para ello, un porcentaje significativamente menor de masa laboral.”*¹¹⁹ Las fábricas están siendo crecientemente automatizadas, *“las multinacionales parecen decididas a acelerar el cambio de los trabajadores por máquinas;”*¹²⁰ el futuro industrial aparece carente de trabajadores y trabajadoras en todos los puestos de trabajo. Pero, como vimos, la perspectiva de un nuevo mundo industrial, caracterizado por una producción automatizada a partir de elementos de alta tecnología, resulta excitante solo para unos pocos. Lovink se pregunta: *“¿Qué pasa si un pequeño puñado de fábricas en China o África puede producir todos los bienes materiales que necesita el planeta? ¿Y qué pasa si estos últimos centros industriales se ven afectados por la automatización?”*¹²¹

¹¹⁸ Coeckelbergh, M., (2023), *La Filosofía Política de la Inteligencia Artificial*, Madrid, Cátedra, p. 129.

¹¹⁹ Rifkin, J., (1997), *El Fin del Trabajo*, Buenos Aires, Paidós, p. 32.

¹²⁰ *Ídem*, p. 26.

¹²¹ Lovink, G., (2019), *Tristes por Diseño*, Consonni, p. 126.

Históricamente se ha remunerado en base a las contribuciones a la producción o a la calidad de los bienes producidos, pero este modo distributivo comienza a mostrar problemas cuando, como en la coyuntura actual, disminuye crecientemente la participación humana en la producción, y ésta está cada vez más desligada de la pericia de los y las trabajadores. Como dice Srnicek, “*Estas tecnologías de descalificación habilitan a que lleguen trabajadores más baratos y más sumisos y reemplacen a los calificados.*”¹²² Por todo esto es que hoy en día “*buenas partes de los economistas piensa que la automatización y la globalización del proletariado son las razones centrales por las cuales los salarios se han estancado en décadas recientes*”¹²³.

La automatización, o el reemplazo de mano de obra humana por máquinas no se reduce, como puede pensarse inicialmente, a los trabajos manuales, monótonos y repetitivos que pueden realizar los y las trabajadores menos calificados; sino que la nueva generación de sofisticadas tecnologías de la información y la comunicación irrumpe en una amplia variedad de puestos de trabajo; como dice Rifkin, “*los ordenadores y sus avanzados ‘software’ están invadiendo las últimas esferas humanas disponibles: el reino de la mente. Adecuadamente programadas, estas nuevas ‘máquinas pensantes’ son capaces de realizar funciones conceptuales.*”¹²⁴ Es decir, ya no se trata solo de aquellos trabajos que se han encontrado históricamente en la base de la pirámide, sino que las *máquinas pensantes* continúan “*constante y permanentemente, su camino ascendente por la pirámide económica, ocupando con ello un mayor número de puestos de trabajo o de tareas calificadas como especializadas.*”¹²⁵ Hoy esas máquinas pueden realizar muchas de las tareas *cognitivas* que hasta hace poco tiempo solo podían realizar los seres humanos. A este sector de la pirámide productiva solo le queda preguntarse si no serán ellos los próximos a ser sustituidos por las máquinas inteligentes. La cibernética es hoy una realidad y —como vimos anteriormente— lo cierto es que se ha desarrollado de forma independiente, es decir, sin reflexión, sin teoría y sin una visión que vaya más allá de un mercado estrecho y limitado. Ha aparecido como una herramienta útil e irrenunciable. Por todo esto “*está surgiendo un escenario de ‘fatalidad’ en el que la tecnología parece estar creando un vasto ejército de ‘población excedente’*,”¹²⁶ esto

¹²² Srnicek, N., (2018), *Capitalismo de Plataformas*, Buenos Aires, Caja Negra, p. 18.

¹²³ Srnicek, N. y Williams, A., *Inventar el Futuro*, Buenos Aires, Malpaso.

¹²⁴ Rifkin, J., (1997), *El Fin del Trabajo*, Buenos Aires, Paidós, p. 86.

¹²⁵ Ídem, p. 117.

¹²⁶ Lovink, G., (2019), *Tristes por Diseño*, Consonni, p. 25.

ocurre en un marco donde los gobiernos insisten en ofrecer como norma un modelo perimido. Si esto continúa así, podría dar lugar a una crisis sin precedentes.

Nuestra sociedad ha estado históricamente articulada alrededor del trabajo; pero ¿qué ocurre cuando este deja de ser necesario, y tampoco lo será en el futuro? ¿Qué se hace cuando la sociedad comienza a perder uno de los baluartes sobre los que se ha sostenido durante siglos?

Como resultado de la tecnificación tanto del ámbito político como el económico que vimos anteriormente, se sigue insistiendo en la creencia en un funcionamiento mecánico de la vida social. Muchos líderes todavía sostienen “*que las innovaciones tecnológicas, los avances en la productividad y el descenso de los precios generarán suficiente demanda y llevarán a la creación de un mayor número de nuevos puestos de trabajo que los que se destruirán.*”¹²⁷ Apoyados en la creencia en el automatismo del sistema económico, dejan a la gente a su suerte, llevando adelante los planes de austeridad hartos conocidos, que significan —en pocas palabras— que la soberanía estatal se ejerce solo sobre la población, y *no* sobre el sistema económico. Aquella *lucha de clases* de la que hablaba Marx —sea deliberadamente, o por la creencia de que el mundo social también funciona mediante automatismos— se ha convertido en una avanzada unilateral contra los salarios y los servicios sociales. El histórico vínculo democracia-liberalismo acabó —como vimos— en una acción fagocitadora del capitalismo.

Así, el Estado desregula el sistema económico, y se desentiende de sus compromisos *sociales*. Este escenario permite presionar siempre más a los sectores —cada vez más numerosos— que están privados de seguridad social “*a los cuales esa falta reducirá rápidamente a la esclavitud, si no lo hizo ya*”¹²⁸.

Dado que desde el Estado lo que se busca es —como vimos— *mantener al sistema funcionando* —del mismo modo en que ha funcionado en el pasado— “*insisten en dar como únicas claves de la vida ese trabajo que desahucian,*”¹²⁹ por lo que evita incluso redefinir sus condiciones de acuerdo con los tiempos que corren. Así, los logros y los beneficios de la automatización, claro está, siguen siendo cosechados por las grandes compañías. Mientras tanto, la población trabaja en promedio más horas, en más trabajos (muchas veces bajo el denominado *capitalismo de plataformas*) y, —como dijimos— sin seguridad laboral.

¹²⁷ *Ídem*, p. 64.

¹²⁸ Forrester, V., (1997), *El Horror Económico*, Buenos Aires, FCE, p. 157.

¹²⁹ *Ídem*, p. 147.

De esta forma, las conquistas de la automatización no han resultado ni en menos trabajo ni en menos estrés, aunque *“algunos han aducido que las máquinas liberarán a la humanidad del trabajo sucio, pesado, peligroso o aburrido, dejando tiempo libre para el ocio y la autorrealización.”*¹³⁰ Lo cierto es que —fuera de las consideraciones esperanzadas por parte del tecnoutopismo— *“las fuerzas del mercado de consumo continúan generando producción y beneficios con poca consideración hacia la generación de tiempo libre adicional para los millones de trabajadores cuyo trabajo está quedando desplazado por la propia tecnología.”*¹³¹

*“La ferocidad social siempre existió, pero con límites imperiosos porque el trabajo realizado por la vida humana era indispensable para los poderosos. Ha dejado de serlo.”*¹³² Nos advierte Viviane Forrester. Los trabajadores y trabajadoras, entonces, *“han dejado de constituir una fuente potencial de ganancias. Y se sabe que no volverán a serlo”*¹³³. Así las cosas, *“el futuro se organiza en función de nuestra ausencia más o menos conscientemente programada”*¹³⁴. Irónicamente, cuando más cerca parecemos estar del sueño tecnológico, más distópico se nos aparece el futuro.

En nuestros días sucede que *“la IA reemplaza el trabajo y, si no lo hace, lo intensifica, y la amenaza de ese reemplazo ayuda a intimidar a los trabajadores. Las personas se convierten en algo prescindible o se les hace sentir que lo son.”*¹³⁵ Para los grandes capitalistas, la situación es inmejorable, celebran que *“los robots no se quejan (excepto en la ciencia ficción), no replican, no exigen, no enferman, no trabajan más lentamente, no pierden la concentración, no se ponen en huelga, no piden aumento de sueldo, no se preocupan por las condiciones de trabajo, no quieren pausas para el café o simplemente no dejan de presentarse al trabajo.”*¹³⁶

Frente a esta situación, Coeckelbergh afirma que hay quienes sostienen que:

¹³⁰ Coeckelbergh, M, (2023), *La Filosofía Política de la Inteligencia Artificial*, Madrid, Cátedra, p. 37.

¹³¹ Rifkin, J., (1997), *El Fin del Trabajo*, Buenos Aires, Paidós, p. 81

¹³² Forrester, V., (1997), *El Horror Económico*, Buenos Aires, FCE, 148

¹³³ *Ídem*, p. 149.

¹³⁴ *Ídem*, p. 147.

¹³⁵ Coeckelbergh, M, (2023), *La Filosofía Política de la Inteligencia Artificial*, Madrid, Cátedra, p. 129.

¹³⁶ Harvey, citado en <https://profesionalesporelbiencomun.com/notas-sobre-la-perspectiva-marxista-de-la-ia-i/22-5-2025>)

Se podrían corregir los algoritmos para beneficiar a los desfavorecidos, pero, en última instancia, estos son tratamientos meramente sintomáticos. El problema real es que la IA y la robótica se usan dentro de un sistema capitalista, que utiliza estas tecnologías no para la emancipación de la gente, sino por el único beneficio de hacer a los capitalistas aún más ricos de lo que ya son¹³⁷

Así, concluye —con nosotros— que “*la IA y el capital se encuentran demasiado imbricados entre sí*,”¹³⁸ por lo que “*el problema no es la IA, sino lo que denominamos ‘capitalismo de IA’*.”¹³⁹ Retomando a Marcuse, afirma que cuando la tecnología adquiere una ubicuidad como la actual, lo que se necesita es *un cambio en la propia estructura tecnológica*.

El desplazamiento del trabajo humano por la tecnología no es un fenómeno aislado ni coyuntural, sino el resultado lógico de una racionalidad técnica que, articulada al capital, prioriza la eficiencia productiva por encima de toda consideración humana.

A pesar de ello, las instituciones políticas y económicas insisten en preservar un modelo laboral que ya no encuentra sostén en la realidad. Esta obstinación, no exenta de un —muchas veces absurdo— apoyo por parte de la población general; genera una tensión creciente entre una sociedad que aún necesita del trabajo para sobrevivir y un sistema que ya no lo necesita para reproducirse. Así, la automatización, lejos de liberar a la humanidad, produce una masa creciente de personas descartadas, para quienes el porvenir no se presenta como emancipación sino como exclusión.

En este nuevo escenario, lo inquietante no es solo la pérdida de puestos de trabajo, sino la consolidación de una lógica donde la humanidad se vuelve superflua. Si no se cuestiona esta racionalidad instrumental al servicio de la acumulación, el porvenir será cada vez menos humano. No se trata de temerle a las máquinas, sino de decidir quién las controla y con qué propósito. Por esto mismo es que el problema no pareciera ser la tecnología en sí, sino su inserción en cierta organización social y económica. Mientras las decisiones sigan respondiendo a la lógica del beneficio privado, el desempleo tecnológico no será una oportunidad de redistribución ni de reducción del trabajo, sino la consagración de una sociedad donde los seres humanos pierden su lugar. En ese horizonte, la pregunta de Bertrand Russell resuena con más fuerza que nunca: ¿son necesarios los seres humanos?

¹³⁷ Coeckelbergh, M, (2023), *La Filosofía Política de la Inteligencia Artificial*, Madrid, Cátedra, p. 66.

¹³⁸ *Ídem*, p. 68.

¹³⁹ *Ídem*, p. 66.

La pregunta ya no es cómo crear más trabajo, sino si es posible imaginar una sociedad donde el valor de las personas no dependa de su empleabilidad. Mientras el trabajo siga siendo la condición para la existencia digna, y al mismo tiempo sea expulsado por el propio desarrollo técnico, la promesa de progreso se convertirá en una trampa que encadena generando obsolescencia social. La crisis de sentido entonces, no es solo social, sino *civilizatoria*. El futuro que parece que tenemos por delante, no será de ocio ni emancipación, sino de exclusión masiva. En este escenario, el verdadero desafío no pasa por continuar con lo que venimos haciendo; es decir, *adaptarnos al cambio*. Si no hacemos algo distinto, ¿para quién es el futuro?

4. El Sistema Financiero

“¿Por qué no se busca ante todo *un modo de reparto y de supervivencia que no fuera en función de la remuneración del trabajo?*”¹⁴⁰

—Viviane Forrester

En este punto podría llegar a pensarse que, en un sistema económico donde se pierden empleos constantemente generando un creciente desempleo; el capital —o los bienes y servicios que fabrica y ofrece— no tendrían forma de *realizarse* en un mercado contraído a raíz de las consecuencias de la maquinización. Por otro lado, en este escenario, en teoría, al achicarse el mercado de consumo, podría pensarse que no habría *dónde* invertir el capital excedente, justamente a raíz de la contracción de la demanda que esto genera. Esto solo puede ser considerado así si nos centramos exclusivamente en la *economía real*.

En la economía real, un fabricante de zapatos no necesariamente fabrica zapatos porque allí radica su interés, puede no tener ningún interés en que existan los zapatos en sí; su interés radica únicamente en generar *ganancias*. Bajo el clásico esquema, el fabricante realiza un gasto para conseguir la materia prima e insumos, con ella fabrica los zapatos, para finalmente venderlos a un precio superior al costo de su producción. A diferencia del esquema económico clásico de la economía real, la economía financiera permite la concreción del capital sin pasar por el intercambio de bienes; el dinero puede revalorizarse sin necesariamente producir bienes de ningún tipo, por lo que puede acelerar la acumulación monetaria a un ritmo mayor que el de la economía real. A través de la óptica que venimos desarrollando, el sistema financiero representaría una profundización de la racionalidad instrumental —la búsqueda de una mayor eficiencia— a un sistema que ya de por sí funcionaba regido por la racionalidad instrumental. Así, en el capitalismo de nuestros días, ha

¹⁴⁰ Forrester, V., (1997), *El Horror Económico*, Buenos Aires, FCE, 150.

comenzado a ganar preponderancia un jugador que en los comienzos del capitalismo no tenía la relevancia que tiene hoy; a saber, el *sistema financiero*.

La comunidad empresarial, como vimos, siempre ha operado bajo el supuesto de que las ganancias en productividad conseguidas con la introducción de nuevas tecnologías les pertenecían por derecho propio. En nuestros días, en las grandes empresas, los beneficios le corresponden *tanto* a la dirección, *como* a los y las *accionistas*. Y cuando estos últimos entran en juego, imponen sus propios intereses. En general, para lograr incrementar su cotización bursátil, las empresas buscan sea incrementar sus ingresos, (o generar expectativas positivas en ese sentido), o reducir sus costos. Huelga aclarar que la segunda de las alternativas suele ser más fácil de conseguir que la primera, pues se puede conseguir rápidamente mediante la reducción de la plantilla de empleados y empleadas, o reemplazando empleados y empleadas caros, (es decir, bien remunerados y remuneradas), por otrxs más baratxs, (es decir, tercerizadx, a tiempo parcial y/o mal pagos). El mercado financiero por sí mismo no genera empleo ni produce riquezas, como nos recuerda Viviane Forrester, “*se sabe de empresas en auge que están obteniendo ganancias y producen despidos masivos. Nada es más ventajoso, dicen los especialistas*”¹⁴¹. Rifkin la secunda cuando afirma que “*cada día las empresas multinacionales anuncian su tendencia a ser más competitivas a nivel global. Nos dicen que los beneficios están aumentando regularmente. Además, al mismo tiempo, las empresas anuncian despidos masivos.*”¹⁴² La supresión de puestos de trabajo, entonces, no se debe únicamente al desempleo tecnológico, sino también a que suprimirlos deviene una *estrategia gerencial* para reducir los costes y mejorar la cotización bursátil. Así las cosas, las ganancias producto de los aumentos de la productividad van a las arcas de los empresarios y empresarias y los y las accionistas, pero no a los y las empleados y empleadas; por lo que, “*si bien los accionistas se han beneficiado considerablemente gracias a las nuevas tecnologías y a los adelantos en la productividad, ninguno de estos beneficios ha llegado hasta el trabajador medio.*”¹⁴³

Particularmente en los Estados Unidos, acontece que, como dice Rifkin, “*en muchos casos, los inversores pueden ser los mismos trabajadores. Son los ahorros de millones de americanos los que propician las inversiones en las nuevas tecnologías. Los fondos de*

¹⁴¹ Forrester, V., (1997), *El Horror Económico*, Buenos Aires, FCE, p. 97.

¹⁴² Rifkin, J., (1997), *El Fin del Trabajo*, Buenos Aires, Paidós, p. 18.

¹⁴³ *Ídem*, p. 202.

pensión son, en la actualidad, los mayores grupos de inversión en la economía estadounidense”¹⁴⁴. Esta paradoja sucede justamente porque:

Por desgracia, los trabajadores tienen poco o nada que decir sobre cómo son invertidos sus ahorros.

En consecuencia, durante más de cuarenta años, los bancos y compañías de seguros han invertido miles de millones de dólares de los fondos de los trabajadores en nuevas tecnologías que permiten el ahorro de tiempo y mano de obra, tan sólo para eliminar los puestos de trabajo de aquellos cuyo dinero está siendo empleado¹⁴⁵.

Los trabajadores y trabajadoras acaban financiando indirectamente los desarrollos tecnológicos y las técnicas de gerenciamiento que atentan contra sus salarios y su propia seguridad laboral. Así las cosas:

no se reparten las enormes ganancias de productividad, resultado de la revolución propiciada por la alta tecnología, sino que se emplean principalmente para aumentar los beneficios de las empresas, para otorgar mayores dividendos a los accionistas, para retribuir mejor a los altos ejecutivos de las multinacionales, así como para la emergente élite de trabajadores implicados en los nuevos conocimientos de alta tecnología¹⁴⁶

Tal como hemos visto, la finalidad del capital no consiste en producir bienes y servicios que la población considere deseables o necesarios; tampoco apunta necesariamente a vender *toda* su producción. Su finalidad es valorizarse; la finalidad del capital es valorizarse a sí mismo. Invertir una cantidad de dinero para obtener por esa inversión una suma mayor a la invertida.

¹⁴⁴ *Ídem*, p. 268.

¹⁴⁵ *Ídem*.

¹⁴⁶ *Ídem*, p. 34.

Para lograr esta meta última del capital no hay nada más eficiente que el sistema financiero; aquí no es necesario pasar por la engorrosa producción de bienes o servicios, no hace falta contratar mano de obra ni generar empleo; por el contrario, reducirlo es siempre una opción tentadora. El sistema financiero representa el sueño húmedo del capital: la posibilidad de realizar una inversión y obtener dividendos sin necesidad de producir, *trabajar*, o incluso de contratar gente para que lo haga.

El sistema financiero termina por consagrar un modelo económico donde el trabajo, lejos de ser central, resulta cada vez menos relevante. En este paradigma, la lógica del capital se independiza definitivamente de cualquier función *social*: ya no necesita producir, ni vender, ni *emplear*. Solo necesita multiplicarse. Así, el capital se reproduce a sí mismo en un circuito autorreferencial y cerrado, indiferente a las necesidades humanas. Si el sistema técnico desplazó a los trabajadores por la eficiencia, el sistema financiero los torna directamente indeseables. El resultado es un orden económico donde la rentabilidad se ha emancipado de toda función social y de toda obligación redistributiva, en el que la sobrevivencia de millones queda librada al azar de un juego en el que no tienen *voz*, ni lugar ni propósito.

Capítulo 4.

Perspectivas Futuras

1. El *General Intellect*

“El teléfono de Bell o de Edison hace posible millones y millones de aplicaciones distintas, sin tener que pedir desde un principio la intervención del inventor”¹⁴⁷

—Zschimmer

Hasta aquí hemos realizado a una breve genealogía de cómo tuvo lugar la *implementación* de maquinaria a la producción, y las consecuencias que ha tenido —y seguirá teniendo— en diferentes grupos de la sociedad. Pero Marx nos invita a pensar todavía algo más allá de esto; a pensar justamente sobre la *propiedad* de las máquinas.

Marx adelanta su concepto de “*General Intellect*”, que alude al hecho de, el capital, al unirse con la maquinaria, comienza a desarrollar el carácter *colectivo* del trabajo; esto da lugar al surgimiento de una suerte de capacidad intelectual colectiva, acumulada y socializada históricamente, que se forma a través de la cooperación social y la división del trabajo. Este concepto engloba tanto habilidades, conocimientos científicos y técnicos, como experiencias colectivas.

¹⁴⁷ Zschimmer, E., Técnica e Idealismo, en (Tomás Maldonado comp.) *Técnica y Cultura*, (p. 234), Buenos Aires, Infinito.

A la hora de intentar pensar la configuración histórica del *General Intellect* a lo largo del tiempo, podemos pensarlo en analogía a como Merleau-Ponty se refiere a los individuos en un diálogo; “*sus pensamientos y palabras, estimulados por la discusión en curso, forman un tejido único que ninguno de los dos puede reivindicar como creación autónoma.*”¹⁴⁸ Los avances en la técnica han sido tantos y tan variados a lo largo del desarrollo humano, que resulta imposible —y muchas veces injusto— señalar individualmente a los y las “creadores” de los mismos. Hay quienes, como Luther Blissett¹⁴⁹, que, en esta misma línea, sostienen que:

“Es necesario deshacerse del concepto de individuo, de una vez por todas. Ese concepto es profundamente reaccionario, antropocéntrico y está asociado para siempre con conceptos como la originalidad y los derechos de autor. En cambio, deberíamos abrazar la idea de con-dividuo, es decir, una singularidad múltiple cuyo desarrollo conlleva nuevas definiciones”

El *General Intellect* es justamente la fuerza productiva esencial en las economías modernas; pero, al tratarse de una fuerza *social*, el *General Intellect* no es propiedad de ningún *individuo* en particular. En este sentido, si bien es cierto que —como vimos— la máquina adquiere una creciente independencia del trabajador o trabajadora que la opera; lo cierto es que *también* es independiente de quienes de ella se benefician. Es por esto por lo que Marx sostiene que el capital se *apropia* de la ciencia, del saber social y colectivo que desarrolla la humanidad *toda* y que aparece objetivado, *encarnado* en la máquina. Hemos fetichizado el origen de la técnica, ocultando gran parte del trabajo humano y el saber colectivo que la hace posible

“*La automatización es descrita por Marx como un proceso de absorción en la máquina de ‘las fuerzas productivas del cerebro social’ tales como ‘el saber y las destrezas’, que de esta*

¹⁴⁸ Merleau-Ponty, (1993), *Fenomenología de la Percepción*, Barcelona, Planeta-Agostini, p. 366.

¹⁴⁹ Seudónimo colectivo o alias multiusuario.

manera aparecen como un atributo del capital más que como un producto del trabajo social.”¹⁵⁰

Así las cosas, el capital se adueña y utiliza en su favor algo que no produjo directamente. Para Marx la maquinaria es un poder *social*, que es *apropiado* por un sector de la población. Esto genera “*la irresoluble contradicción existente entre una producción socializada y la forma privada de apropiación de la riqueza producida.*”¹⁵¹ El *General Intellect* se convierte así en una fuente de conflicto entre el capital y el trabajo.

En el sistema capitalista, la técnica maquínica se convierte en el fruto del que se alimenta la vida económica. Y este fruto, para Marx, es producto de este trabajo, *masivo* y *social* que queda *corporizado* en el sistema fundado por las máquinas y, junto con el trabajo del obrero, pasan a formar parte forman del poder del patrón.

Hay autores actuales como Jeremy Rifkin que, siguiendo por líneas similares a las que plantea Marx, que consideran injusto que “*las peticiones de los trabajadores relativas a las mejoras en productividad, en forma de salarios más altos y de reducción en las horas de trabajo, se han visto, en general, como ilegítimas e incluso parasitarias*”¹⁵². Rifkin considera que no solamente los/as trabajadores/as deberían verse beneficiados/as con mejoras salariales y jornadas de trabajo reducidas, sino que, incluso, debería plantearse “*la participación de la propia clase trabajadora en las ganancias derivadas de los incrementos en productividad aportados por la mayor automatización*”¹⁵³.

El concepto de *General Intellect* es capaz de poner en jaque la distribución histórica de los beneficios del aumento de la productividad maquínica. Hasta nuestros días, simplemente se ha dado por sentado, sin grandes cuestionamientos, que los beneficiarios de este debían ser los/as accionistas y los/as dueños/as de las empresas. El *General Intellect* abre la posibilidad de pensar y argumentar por una distribución diferente de aquello que, a fin de cuentas, no es más que un producto colectivo.

¹⁵⁰ Terranova, T., *Red Stack Attack!*, Algoritmos, Capital y la Automatización del Común en (Avenessian y Reis comps), *Aceleracionismo*, (p. 93), Buenos Aires, Caja Negra.

¹⁵¹ García Menéndez, J.R., (2011), *Crítica de la Razón Económica*, Reino Unido, EAE, p 177.

¹⁵² Rifkin, J., (1997), *El Fin del Trabajo*, Buenos Aires, Paidós, p. 268.

¹⁵³ *Ídem*, p. 114.

Este concepto hace a un lado la romantización habitual respecto de los *grandes inventores* como *padres* creadores de artefactos a partir de la nada. En nuestros días, por ejemplo, seguimos repitiendo que Bell fue el inventor del teléfono, pero es evidente que existen distancias *enormes* entre el prototipo de Bell y nuestros modernos *smartphones*. En medio ha habido innumerables pequeños avances, muchos anónimos, acumulándose uno sobre otro a lo largo del tiempo.

Un componente central del *General Intellect* del sistema de económico de nuestros días son los *datos*; que se generan a través de las redes de información. Estos de alguna manera encarnan perfectamente lo que representa el *General Intellect*; ya que son generados por todos/as *todo el tiempo*; incluso, —o quizás principalmente—, en los momentos de ocio y esparcimiento. Pero al final del día, son unas pocas empresas quienes se apropian de esos datos y los comercializan.

En primera instancia, no parece justo que sean el capital (junto con sus accionistas), sean los principales —o únicos— beneficiarios de la automatización, siendo que se trata de un fenómeno que ha acumulado saber humano a lo largo de muchos años. Sin embargo, los reclamos al respecto por parte de las mayorías son constantemente desoídos.

La noción de General Intellect permite desmontar la narrativa meritocrática e individualista de la innovación técnica, contrastándola con su raíz profundamente social y acumulativa. Frente a esto, la apropiación privada de los frutos del conocimiento común no es solo injusta, sino estructuralmente *insostenible*. En un mundo donde el la innovación emerge del entretejido de saberes, datos, interacciones y experiencias colectivas, la pregunta no puede ser quién inventó qué, sino quién tiene derecho a beneficiarse de lo que todos, de una forma u otra, contribuimos a crear.

En este sentido, el General Intellect no es solo una categoría analítica, sino también una *consigna política*: si el saber es colectivo, también debe serlo su retribución. Replantear la distribución del valor generado colectivamente no es solo una exigencia de justicia, sino un paso imprescindible para recuperar el control sobre una tecnología que, hasta ahora, ha servido más al capital que a la comunidad humana que la hizo posible.

2. ¿Qué sería posible con la máquina y qué uso hace de ella el Capitalismo?

“*la tecnología actual es filosofía encubierta; el punto es volverla abiertamente filosófica*”¹⁵⁴

—Kate Crawford

Según los y las aceleracionistas, el desarrollo tecnológico tiene valor sólo en cuanto aumenta las oportunidades humanas para el desarrollo moral, social, y cultural: pero son conscientes de que este —como vimos— no habilita automáticamente la actualización plena del ser humano. En este sentido, critican abiertamente a los tecno-utopistas que sostienen que el avance tecnológico permitirá superar automáticamente, (y, por lo tanto, sin intervención), de por sí todos los conflictos sociales; pues creen que es necesaria la intervención y la dirección políticas para hacer posible el sueño utopista. En este respecto coinciden con Habermas en que “*la perspectiva de la emancipación no brota precisamente del paradigma de la producción, sino del paradigma de la acción orientada al entendimiento*,”¹⁵⁵ y que, entonces, es necesaria “*la recuperación de la agencia colectiva y el control económico por parte del humano para la emancipación postcapitalista*.”¹⁵⁶

En este sentido, estos autores son *humanistas*, sostienen que los factores cuantitativos que tanto pondera el sistema actual, obsesionado con criterios técnicos como la *eficiencia*, la *productividad* y la *maximización* de los resultados; deben ser subordinados a factores cualitativos, *humanos*. Que la tecnología debe de estar al servicio de la sociedad y no la sociedad al servicio de la tecnología. Son herederos de la teoría crítica que representan tanto Habermas como Marcuse, que en tanto tal, postula necesariamente algún tipo de idea de progreso político-moral, una meta normativa por alcanzar, un objetivo que podría ser logrado bajo la idea y la esperanza de conformar una *buena* sociedad, o al menos una más justa y menos opresiva.

¹⁵⁴ Crawford, K., (2022), *Atlas de Inteligencia Artificial*, Buenos Aires, FCE, 314.

¹⁵⁵ Habermas, J., (2013), *El Discurso Filosófico de la Modernidad*, Buenos Aires, Katz, p. 58.

¹⁵⁶ Srnicek, N. y Williams, A., *Inventar el Futuro*, Buenos Aires, Malpasso, p. 30

La propuesta aceleracionista no se agota en una definición marxiana consistente meramente tomar las estructuras productivas existentes y redirigirlas hacia fines diferentes, sino que también tienen una veta marcusiana donde afirman que debe tenerse en cuenta que:

la elección de qué tecnologías desarrollar y cómo diseñarlas es, en primera instancia, una cuestión política. La dirección del desarrollo tecnológico está determinada no sólo por consideraciones técnicas y económicas sino también por intenciones políticas. Más que sólo tomar los medios de producción, este enfoque afirma la necesidad de inventar unos nuevos¹⁵⁷

Al postular que la política está presente en la propia constitución del sistema técnico, el pensamiento aceleracionista propone, a la vez, preservar las conquistas técnicas del capitalismo tardío y revolucionar el sistema en su totalidad. En este sentido parecieran acercarse al pensamiento de Marcuse, en aquello de que la ética, o la *finalidad*, debe estar presente en el proyecto y la construcción *técnicas*, y no sólo en su utilización.

*“El sometimiento de la tecnociencia a los objetivos capitalistas —especialmente desde finales de la década de los setenta— impide conocer a fecha de hoy lo que una maquinaria tecnosocial moderna sería capaz de lograr,”*¹⁵⁸ afirman Srnicek y Williams en su Manifiesto Aceleracionista; en una línea marcusiana también invitan a la posibilidad de transformar lo metafísico en físico, a las aventuras de la mente en aventuras de la técnica y así *“crear un mundo más moderno de lo que permite el capitalismo.”*¹⁵⁹

En este punto cabe señalar que tanto el marxismo, como la teoría crítica heredera de él y el aceleracionismo de izquierdas, si bien critican al utopismo tecnológico, no lo hacen desde la tecno-fobia; es decir, desde un rechazo absoluto hacia la técnica y su avance, sino que lo hacen en tanto son teorías que implican una exigente ética social orientada al futuro, donde la técnica de hecho juega un papel imprescindible en tanto *condición de posibilidad* de acercamiento al estadio deseado. Por lo que consideran que es necesario hacer de la tecnología una actividad *consistente con y funcional al* progreso social. En este sentido, el

¹⁵⁷ *Ídem*, p. 81.

¹⁵⁸ Williams A. y Srnicek, N., en (Avenessian y Reis comps), *Manifiesto por una Política Aceleracionista*, (p. 41), Buenos Aires, Caja Negra.

¹⁵⁹ Srnicek, N. y Williams, A., *Inventar el Futuro*, Buenos Aires, Malpaso, p. 2.

propio Marx afirma que “*en una sociedad comunista la maquinaria tendría un campo de acción muy diferente del que tiene en la sociedad burguesa*”¹⁶⁰. Es así como consideran que el único modo que ocurra una rectificación de la situación actual, es por una *transformación de los valores técnicos*; no abandonando la tecnología sino subordinándola a otros valores más elevados. Como dice Bettelheim, “*el éxito o el fracaso de cualquier sociedad de masas depende de si el hombre remodela o no su personalidad de modo que pueda modificar la sociedad en una que sea verdaderamente humana; una en la que no estamos obligados por la tecnología, sino que la adaptamos a nuestras necesidades humanas.*”¹⁶¹

Lo que subyace a esta posición es la creencia en que existen potencialidades no agotadas en nuestro sistema técnico, precisamente porque el capitalismo no las estaría habilitando; que el auténtico potencial emancipatorio de la tecnología en nuestros días permanece irrealizado, pero podría ser explotado bajo un sistema diferente. Porque, al fin de cuentas, el sistema social condiciona un cierto uso de la tecnología. Como afirma Marcuse, la técnica obstaculiza sólo en la medida en que está atada a un aparato social que perpetúa la escasez, y este mismo aparato ha liberado fuerzas que pueden quebrantar la especial forma histórica en la cual la técnica es utilizada. Así es que estos pensadores y pensadoras, no consideran que el desarrollo de la técnica deba pensarse, como muchas veces se hace, al modo de un proceso *natural* con una evolución *inevitable*, sino que es posible ejercer sobre él una influencia.

Es por esto por lo que consideran que es necesario reorientar, a la vez, tanto las infraestructuras tecnológicas como las económicas, activar el potencial latente de estas tecnologías en la dirección de otro tipo de ordenamiento social. Pero, como dijimos, se trata de resignificar —no de rechazar— las tecnologías que son producto histórico del capitalismo. Como dicen Srnicek y Williams:

los aceleracionistas quieren liberar las fuerzas productivas latentes. En este proyecto, la base material del neoliberalismo no necesita ser destruida, necesita ser reformulada con el fin de alcanzar unos

¹⁶⁰ Marx, K., (2009), *El Capital*, Buenos Aires, Siglo XXI, p 478.

¹⁶¹ Bettelheim, B., (1960), *El corazón bien informado*, Nueva York, Avon Books, p. 260.

objetivos comunes. La infraestructura capitalista existente no es un escenario que tenga que ser demolido, sino una plataforma de lanzamiento del post-capitalismo¹⁶².

De esta manera, sostienen por ejemplo que “*si bien la tecnología diseñada para reducir la mano de obra especializada permite el dominio de la clase directiva, también abre espacios para compartir y reducir el trabajo. Si bien la tecnología que reduce los costos de producción reduce el porcentaje de empleados, también reduce la necesidad de que las personas trabajen*”¹⁶³, es por esto por lo que plantean que:

las tendencias hacia la automatización y la sustitución de la fuerza de trabajo humana deberían acelerarse con entusiasmo y señalarse como un proyecto político de la izquierda. Éste es un proyecto que toma una tendencia capitalista existente y busca impulsarla más allá de los parámetros aceptables para las relaciones sociales capitalistas¹⁶⁴

Marcuse sugiere algo parecido cuando sostiene que la técnica puede promover y facilitar el completo desarrollo humano en todas las ramas del trabajo y la administración. Y que la mecanización y la estandarización pueden algún día ayudar a cambiar el centro de gravedad de las necesidades de la *producción material* a la arena de la *libre realización humana*. De lo que se trata es de que “*los elementos producidos bajo el capitalismo pueden ser reapropiados y redirigidos contra sus agentes, estructuras y procesos.*”¹⁶⁵

Como hemos visto, —y vivido a través de sus peores expresiones— el progreso técnico no conlleva, por sí solo, el mejoramiento moral de la sociedad, ni a una vida más pacificada, ni a un mundo más limpio, ni a una sociedad más justa, ni una existencia más libre sino *todo lo contrario*. Incluso hay quienes sostienen que el sometimiento de la técnica al capital atenta

¹⁶² Williams A. y Srnicek, N., en (Avenessian y Reis comps), *Manifiesto por una Política Aceleracionista*, (pp. 40-41), Buenos Aires, Caja Negra.

¹⁶³ Srnicek, N. y Williams, A., *Inventar el Futuro*, Buenos Aires, Malpaso

¹⁶⁴ *Ídem.*

¹⁶⁵ *Ídem*, p. 25.

contra las verdaderas posibilidades de florecimiento del sistema tecnológico como herramienta humana.

A esta altura, creo que podemos afirmar que la creencia en que la sociedad funciona mediante automatismos (tanto económicos como técnicos) ha demostrado ser ampliamente cuestionable. La promesa de que la técnica emancipa por sí sola, ha demostrado ser una ilusión. Por todo esto es que tanto la teoría crítica como el aceleracionismo de izquierdas coinciden en que es necesario reorientar nuestro actual desarrollo técnico, ya que la subordinación de la técnica al capital ha bloqueado muchas de sus posibilidades más liberadoras.

Por todo esto es que, si no emancipamos la técnica del capital, será la técnica —bajo el mando del capital— la que dicte los límites de nuestra existencia.

Capítulo 5

Las Posibilidades de la Tecnología

1. *El fin del trabajo*¹⁶⁶

*“El deber de la filosofía de la técnica no puede ser otro que el de considerar toda la actividad y la vida técnica que se ha explicado en el transcurso de la historia a la luz de la idea de la libertad material”*¹⁶⁷

—Zschimmer

Históricamente ha existido una suerte de fantasía colectiva —de raigambre tan antigua que se remonta incluso a Aristóteles— vinculada a la creencia de que llegaría el día en que las máquinas reemplazarían al trabajo humano. Esta idea utópica prometía un futuro libre de necesidades insatisfechas y de fatigas extenuantes; una sociedad liberada de la necesidad de trabajar, que daría lugar así a un tiempo de plena abundancia material y disponibilidad de tiempo libre, donde la tecnología haría las veces del nuevo esclavo. Si bien es cierto que esto en parte se ha conseguido, como dice Rifkin:

¹⁶⁶ En referencia a la obra de Jeremy Rifkin.

¹⁶⁷ Zschimmer, E., La Filosofía de la técnica, en (Tomás Maldonado comp.) *Técnica y Cultura*, (p. 201), Buenos Aires, Infinito.

En la actualidad, vemos la introducción de nuevas tecnologías sustancialmente innovadoras capaces de realizar proezas extraordinarias. Nos han hecho creer que las maravillas de la moderna tecnología podrían llegar a ser nuestra salvación. Millones de personas han puesto sus esperanzas de un mañana mejor en la posible liberación resultante de la revolución informática¹⁶⁸

La promesa tecno-utopista de un mundo librado de las exigencias del mercado a través de éstas y otras invenciones, hoy en día es, cuanto menos, puesta en duda. Esto es así porque, aunque esta liberación prometida pareciera estar materialmente más próxima que nunca, lo cierto es que, si bien podría ser una posibilidad, hoy parece bastante improbable, y esto es así en parte porque en nuestros días el avance tecnológico, tal como dice Forrester:

Era inimaginable que ello se traduciría no en una mayor capacidad de todos para emplear, apreciar y asumir su estado de seres vivientes, sino en una coerción acrecentada, cargada de privaciones, humillaciones, carencias y sobre todo de mayor servidumbre. En la instauración cada vez más manifiesta de una oligarquía. Pero también en la improbabilidad proclamada de cualquier alternativa.

En la institución de un conformismo generalizado¹⁶⁹

Lejos de convertirse en la quimera paradisiaca en la que se sueña desde hace milenios:

la desaparición del trabajo se vuelve una amenaza. Su escasez y precariedad son siniestros, porque el trabajo sigue siendo irracional, cruel y fatalmente necesario, no para la sociedad ni la producción, sino precisamente para la supervivencia de aquellos que no lo tienen, no lo pueden tener y para quienes trabajar sería la única salvación¹⁷⁰

¹⁶⁸ Rifkin, J., (1997), *El Fin del Trabajo*, Buenos Aires, Paidós, pp. 34-35.

¹⁶⁹ Forrester, V., (1997), *El Horror Económico*, Buenos Aires, FCE, p. 125.

¹⁷⁰ *Ídem*, p. 122.

La sociedad moderna; en lugar de abrir el camino hacia una disminución o incluso una abolición planificada y *deseada* del trabajo; lo que hace es destruirlo, por un lado, mientras que por el otro insiste en su obligatoriedad. Lo cierto es que la humanidad está frente a una encrucijada; las nuevas tecnologías tienen la potencialidad de liberarnos de las cargas laborales, permitiéndonos mayor tiempo libre, más tiempo para las amistades, las relaciones y —quizá aún más importante— los hijos e hijas y su educación. Por el otro, continuar por el camino que ya hemos detallado, nos llevaría a un desempleo masivo y una posible depresión global. Un mundo sin trabajo ofrece dos perspectivas, como dice Rifkin, para algunas personas:

un mundo sin trabajo señalará el inicio de una nueva era en la historia, era en la que el ser humano quedará liberado a la larga de una vida de duros esfuerzos y de tareas mentales repetitivas. Para otros, la sociedad sin trabajo representa la idea de un futuro poco halagüeño de desempleo afectando a un sinnúmero de seres humanos y de pérdidas masivas del puesto de trabajo, agravado por una mayor desazón social e innumerables disturbios. Prácticamente todos los miembros de las dos partes enfrentadas coinciden en un punto. En realidad entramos a un nuevo periodo de la historia —en el que las máquinas sustituyen, cada vez más, a los seres humanos en los procesos de fabricación, de venta, de creación y suministro de servicios¹⁷¹

Nos vemos abocados a una potente revolución generada por las nuevas tecnologías que ofrece la promesa de una profunda transformación social sin igual en la historia. Esta revolución podría significar un menor número de horas de trabajo y mayores beneficios para millones de personas. Por primera vez en la historia moderna muchos seres humanos podrían quedar liberados de un gran número de horas de trabajo, y así adquirir una mayor libertad para llevar a cabo actividades de tiempo libre. Las mismas fuerzas tecnológicas podrían, sin embargo, llevarnos a mayores niveles de desempleo y a una depresión¹⁷²

¹⁷¹ Rifkin, J., (1997), *El Fin del Trabajo*, Buenos Aires, Paidós, p. 33.

¹⁷² *Ídem*, p. 34.

Según este autor —y muchos otros— la diferencia entre ambos desenlaces posibles radica en la distribución de las ganancias en productividad en la era de la información, y, de manera no menos importante, de la distribución del trabajo o de la potencial reducción, a nivel mundial, de las horas de trabajo semanales. La cuestión de fondo es, por un lado, un escenario planetario como el que ya estamos viviendo, de creciente desempleo, o, por otro, la posibilidad de al menos dar unos pasos hacia el mundo prometido, utópico y lleno de promesas y con mayores niveles de tiempo disponible. Si el aumento de los niveles productivos se reflejará en —como hasta ahora— un aumento de beneficios para una cada vez más reducida y concentrada elite global, o si el público también se verá compensado. Se abren frente a nosotros y nosotras dos perspectivas de futuro absolutamente diferentes. Tanto de un lado como del otro hay una sola certeza: el futuro ya está aquí, y los avances técnicos y tecnológicos —como vimos— no van a detenerse. Sólo resta decidir qué se hace con ellos.

Si algún sentido profundo tiene la cruzada prometeica en la que se ha embarcado la humanidad, esta debería consistir en el mejoramiento de la vida, la salud y la duración de la vida humana, el fin de la pobreza y el progresivo alivio de las pesadas cargas laborales, hasta alcanzar el prometido paraíso edénico del fin del trabajo. Es cierto que todos los ámbitos mencionados han mostrado mejorías en los últimos doscientos años; pero también es cierto que, sobre todo las cuestiones que atañen a los problemas *sociales*, estos avances se han ido revirtiendo en los últimos cincuenta; aun cuando el escenario productivo-económico ha presentado grandes avances. Frente a este nuevo escenario que hemos descrito, la pasividad, y la —quizás deliberada— falta de creatividad para hacerle frente, es verdaderamente pasmosa.

Hoy la humanidad se encuentra frente a su mayor paradoja: podría, por primera vez, liberarse del trabajo, pero en cambio está siendo esclavizada por su propia capacidad de producir. Si no se redefine el horizonte, la promesa de la técnica se convertirá en su tragedia.

La técnica ha posibilitado desarrollos que hasta hace poco tiempo eran impensables. Ahora es tiempo que la política haga posible lo hasta ahora impensado. De no hacerlo, la técnica no será nuestra redención, sino el rostro moderno de nuestra servidumbre.

Y si eso sucede, no será por obra de las máquinas, sino por nuestra renuncia a pensar qué hacemos con ellas.

2. La Liberación del Trabajo

“nunca debemos olvidar que la actual conformación del mundo contiene muchas posibilidades distintas (en conflicto), no solo una” ¹⁷³

— Franco Bifo Berardi

El sistema capitalista ha estado, como hemos visto, desde el principio estructurado sobre el trabajo asalariado como uno de sus pilares, como dice Coriat:

Para el capital, desde el momento en que se adoptaban políticas institucionales de asistencia, existía el peligro de que se extendiera entre la población obrera la ilusión de que podía obtenerse cierta renta sin trabajo. De ahí ese principio sólidamente establecido desde el inicio de las primeras políticas: no se beneficiará de la asistencia más que el que pueda demostrar el *cese forzoso de trabajo asalariado*. Fuera del salario y del sistema salarial no hay salvación. Tal es la convicción que debe abrirse camino en el seno de la clase obrera ¹⁷⁴

En un sistema que tenía como piedra basal el trabajo asalariado, era considerado esencial que las remuneraciones estuvieran basadas en la producción. Que desde el Estado existieran erogaciones o asistencia pecuniaria por fuera del trabajo se percibía como un peligro, porque se consideraba una amenaza directa al sistema laboral imperante. Como hemos visto, a causa de la automatización de la producción y los grandes cambios que ha sufrido el sistema a partir

¹⁷³ Berardi, F., (2019), *Futurabilidad*, Buenos Aires, Caja Negra, p. 13.

¹⁷⁴ Coriat, B., (1975), *El Taller y el Cronómetro*, Siglo XXI.

de la aparición de las nuevas tecnologías, el sistema basado en el trabajo asalariado se encuentra en crisis. Sin embargo, existen corrientes de pensamiento que consideran que la virtual “extinción” del trabajo, lejos de representar un peligro, bien puede ser *liberador*. Ese es el caso de —entre muchos otros— la corriente *aceleracionista*, donde uno de sus principales exponentes, Nick Srnicek, afirma que “*las sociedades humanas están alcanzando rápidamente el punto en el que simplemente no hay suficiente trabajo disponible para todos, incluso si el trabajo para todos fuese una meta moralmente virtuosa.*”¹⁷⁵ En esta línea, sostiene que “*tal como la mecanización de la agricultura liberó a la gente de su dependencia respecto de la labranza, el proceso de desindustrialización tiene el potencial de liberar a la gente del fastidio de la mayor parte del trabajo productivo.*”¹⁷⁶

El movimiento aceleracionista de izquierda sostiene —entre otras cosas— que, ante la situación actual, uno de los principales objetivos de los movimientos de los trabajadores *debe* estar orientado hacia la reducción de la jornada laboral. Este movimiento busca superar la *maldición bíblica* del trabajo obligado y recuperar el anhelo milenario de la humanidad —hasta ahora considerado inaccesible— de un mundo libre de la *necesidad* de trabajar. En lugar de *temer* a esa posibilidad, podríamos considerarla el próximo paso en nuestra evolución como especie. Es por esto que consideran que es necesario entender la ocasión que ofrecen las nuevas tecnologías para pensar otro tipo de pacto social en la producción y otras formas de contrato salarial. Lo que está en juego es un modelo de crecimiento y de bienestar social.

Por otro lado, existe una versión dogmática del marxismo, que sostiene que el desarrollo técnico-tecnológico de la sociedad llevaría a una situación tal que obligaría a la organización social a adaptarse a su propia capacidad productiva. Es decir que, con el fin de agotar nuestras capacidades productivas, llegaría el día en que nos veríamos obligados a modificar nuestro sistema económico y político; pues de no hacerlo estaríamos dejando sin aprovechar las capacidades históricas de nuestra propia técnica. Según esta visión, la clase trabajadora no sería liberada por una lucha *contra* la técnica, sino, por el contrario, *a través* del progreso técnico. Por todo lo visto anteriormente, creemos que esta visión dogmática ha sido refutada empíricamente, justamente porque los sistemas político y económico se encuentran también subyugados, sea material o ideológicamente, al sistema técnico. Esto demuestra —una vez

¹⁷⁵ Srnicek, N., en (Avenessian y Reis comps), *El Postcapitalismo será Postindustrial*, (p. 116), Buenos Aires, Caja Negra.

¹⁷⁶ *Idem*, p. 112.

más— que el desarrollo técnico por sí solo no garantiza ninguna forma de emancipación, si no se acompaña de una voluntad política transformadora.

Si bien es cierto que todos los sistemas productivos que han existido necesitaron del trabajo humano (y todavía lo hacen); es innegable la medida en que éste está dejando de ser una piedra basal de nuestro sistema actual. El escenario actual es decididamente disruptivo; estamos frente a un mundo *nuevo* que, en palabras de Platón, *invita a la inteligencia*, pues ante problemas y situaciones novedosas, es imperiosa la creatividad y el ingenio para abordarlos de la mejor manera posible. Solo si recuperamos el pensamiento crítico y la imaginación política, podremos reconfigurar el vínculo entre técnica y humanidad, no como *tragedia* o condena inevitable, sino como oportunidad histórica.

3. Hacia un Ingreso Básico Universal

“La nueva lucha por el tiempo que se perfila debe ir a la par con la apropiación de la riqueza social acumulada”¹⁷⁷

—Lazzarato

Mucho se ha escrito en la historia de la filosofía sobre la *libertad*, tanto así que se trata de un concepto central de la disciplina. En nuestras sociedades democrático-occidentales, constituye uno de los ideales basales de nuestras leyes y constituciones. Sin embargo, muchas veces se pasa por alto a qué nos referimos específicamente cuando hablamos de *libertad*. Aquí nos gustaría centrarnos por lo menos en dos de las formas de entenderla.

El concepto tiene una raigambre en los ideales de la Revolución Francesa, que mencionaba a la *libertad* como uno de sus principales pilares, por lo que nos es menester examinar cuál es el tipo de libertad que pregonaba el ideal revolucionario. Siendo que se trató de un movimiento que buscaba la ruptura total con el antiguo régimen y su sistema de vasallajes personales, cuando la Revolución Francesa mencionaba la *libertad*, se refería principalmente a lo que se conoce como *libertad negativa*, que es un modo de entenderla que se refiere principalmente a la ausencia de —o incluso ausencia del peligro de— interferencia, coerción u obstrucción por parte de otras personas o del Estado. A esta manera de concebir la libertad se la ha denominado generalmente como libertad *de*.

Por otro lado, existe un concepto diferente que se denomina la *libertad positiva*, que hace alusión a la potencialidad de ser dueños y dueñas de las propias decisiones y voliciones, la potencialidad real de que éstas puedan de hecho materializarse, hacerse realidad. Esta forma de entender la libertad se refiere a la posibilidad de *realizar* la propia vida, y se la conoce como la libertad *para*.

¹⁷⁷ Lazzarato, M., (2015), *Gobernar a través de la Deuda*, Buenos Aires, Amorrortu, p. 247.

Tal como hemos visto en estas páginas, el concepto heredado de la libertad, que predomina en el sistema en que vivimos, se ha corporizado casi exclusivamente en el primero de estos conceptos. Es teniendo esto en cuenta que tanto Coriat, Rifkin como el aceleracionismo de izquierdas —entre muchos otros— abogan en favor de la implementación de un *Ingreso Básico Universal*; que es una propuesta de política social que consiste en una transferencia monetaria periódica e incondicional a *toda* la población, independientemente de su situación laboral o económica.

Quienes lo apoyan consideran que este es un objetivo urgente, pues afirman que “*la sociedad tendrá que afrontar tarde o temprano el problema de las poblaciones excedentes y la desindustrialización.*”¹⁷⁸ Esta afirmación no termina aquí, ya que además consideran que es técnicamente realizable, que se encuentra dentro de las capacidades de la civilización industrial; y por esto realizan un llamamiento hacia la movilización en favor de su implementación. Pues consideran que “*la tecnología acabaría con la esclavitud humana y que las consecuencias del desempleo podrían tratarse mediante un sistema de seguridad social, mediante, por ejemplo, una renta básica universal que garantizaría que nadie, incluyendo los desempleados por mor de las máquinas, fuese pobre.*”¹⁷⁹

Como dice Rifkin, “*durante los últimos treinta años, la semana laboral ha permanecido inalterable a pesar del desempleo masivo, de las sustituciones tecnológicas de trabajadores a gran escala y de las considerables mejoras en la productividad.*”¹⁸⁰ Como hemos visto, el desempleo tecnológico es una realidad y las perspectivas futuras distan de ser alentadoras, es por ello por lo que, en nuestros días muchas personas ven tanto en la implementación de un I.B.U., como en el acortamiento de la semana de trabajo, un paliativo posible. “*Un ‘ingreso sin trabajo’ que se ha vuelto muy necesario y legítimo, ya que la sociedad quedaría duramente marcada por el desempleo masivo*”¹⁸¹, afirma Coriat. Rifkin lo secunda cuando afirma que en nuestros días sucede que “*con las máquinas realizando una mayor cantidad de trabajo, los seres humanos necesitarían tener garantizado un determinado ingreso, independiente del empleo en la economía formal, si querían sobrevivir.*”¹⁸² Estos pensadores

¹⁷⁸ Srnicek, N., en (Avenessian y Reis comps), *El Postcapitalismo será Postindustrial*, (p. 116), Buenos Aires, Caja Negra.

¹⁷⁹ Coeckelbergh, M., (2023), *La Filosofía Política de la Inteligencia Artificial*, Madrid, Cátedra, p. 38.

¹⁸⁰ Rifkin, J., (1997), *El Fin del Trabajo*, Buenos Aires, Paidós, 271

¹⁸¹ Coriat, B., (1996), *El Taller y el Robot*, Buenos Aires, Siglo XXI, p. 248.

¹⁸² Rifkin, J., (1997), *El Fin del Trabajo*, Buenos Aires, Paidós, 301

coinciden en que es necesario implementar algún tipo de fuente de ingresos para paliar los efectos del creciente desempleo tecnológico.

Los beneficios de esta medida no se agotan en lo que representa para quienes están desempleados o desempleadas; sino que también para los individuos que están actualmente compelidos a trabajar, a probarse a sí mismos constantemente como sujetos “libres” en el mercado para poder sobrevivir, la desaparición de este tipo de “libertad” sería uno de los más grandes logros de la civilización. Los procesos tecnológicos de mecanización podrían liberar la energía individual hacia un nuevo reino de libertad, allende a la necesidad. Como dice Coeckelbergh, “*se podría decir que, cuando las máquinas se hagan cargo de los trabajos de los humanos, la renta universal básica sería no solo una forma de crear más justicia e igualdad, sino también de respetar y promover la libertad de todos.*”¹⁸³ En este sentido, el I.B.U. no solo garantiza medios de subsistencia, sino que libera el *tiempo* como condición de posibilidad para ejercer la *libertad positiva* en su forma más plena.

La idea es, como dice Marcuse, que la mecanización y la estandarización pueden algún día ayudar a cambiar el centro de gravedad de las necesidades desde la producción material a la arena de la libre realización humana. La propia estructura de nuestra existencia se vería alterada, los individuos serían verdaderamente libres para ejercer una autonomía sobre una vida que sería *propia*; como dice Rifkin, “*por primera vez en la historia, la revolución propiciada por los ordenadores abre la puerta a una reorientación radical de la sociedad lejos del trabajo estructurado y tendente hacia la libertad personal.*”¹⁸⁴ Esta medida proporcionaría los recursos para incrementar el *tiempo disponible*¹⁸⁵ de las personas, pues “*nos brinda la capacidad de elegir nuestra vida: podemos experimentar y construir una vida poco convencional, optar por fomentar nuestras sensibilidades culturales, intelectuales y físicas en lugar de trabajar ciegamente para poder sobrevivir.*”¹⁸⁶

En este sentido es que creemos que el I.B.U. puede habilitar un reino de libertad *positiva*, donde el trabajo que quede por hacer ya no será impuesto por fuerzas externas —por un empleador o por los imperativos de la supervivencia— sino que serán nuestros propios

¹⁸³ Coeckelbergh, M. (2023), *La Filosofía Política de la Inteligencia Artificial*, Madrid, Cátedra, p. 40.

¹⁸⁴ *Ídem*, p. 261.

¹⁸⁵ Aquí vale aclarar que preferimos hablar de tiempo *disponible* y no de “tiempo libre”, porque consideramos que una persona desempleada hoy, cuenta con mucho tiempo libre, pero se trata de un tiempo desesperada (y desesperanzadamente) libre, por lo que para explicitar a a qué hacemos referencia, preferimos el concepto de *tiempo disponible*.

¹⁸⁶ Srnicek, N. y Williams, A., *Inventar el Futuro*, Buenos Aires, Malpaso, p. 27

deseos los que impulsen y guíen el trabajo, y no meramente la compulsión a las demandas del mercado. Así, coincidimos con Srnicek y Williams en que es posible que *“un mundo postrabajo no sea un mundo de holgazanería: antes bien, es un mundo en el que la gente ya no está atada a su empleo sino que es capaz de crear su propia vida;”*¹⁸⁷ esto habilitaría un desarrollo pleno de la humanidad, no solo en términos de desarrollarnos artística, física, intelectual y culturalmente, sino también *“la posibilidad de trasladar las energías sociales destinadas hoy al ámbito de la economía y de la producción de bienes (usualmente inútiles y dañinos) a los ámbitos del cuidado, el autocuidado y la educación”*¹⁸⁸.

Es así como, de la misma manera que durante el Capitalismo Temprano el foco empresarial estaba puesto en el aumento de la producción. y el de las masas trabajadoras estaba principalmente alineado hacia el aumento salarial; creemos que hoy ganará preponderancia la idea de reducir la jornada laboral, (con ingresos adecuados, por supuesto), para habilitar una era de ampliación del tiempo disponible mayor que en cualquier otro período de la historia humana moderna.

Por último, la implementación de un I.B.U. no solo mejoraría —obviamente— las condiciones de vida de las masas desempleadas, sino también, como vimos, de aquellas personas empleadas actualmente. Además, considerando la situación del empleo a escala planetaria, creemos que es necesaria la implementación de un I.B.U. (junto con otras medidas asistenciales), para evitar el riesgo de una explosión social capaz de amenazar el equilibrio de la sociedad humana.

Aunque el sueño tecno-utopista de una sociedad librada del trabajo, hoy está materialmente más cercano que nunca; lo cierto es que, como hemos dicho antes, hay una distribución dispar de los beneficios de la automatización. Por lo que el avance técnico del que gozamos no ha redundado en mayor libertad para la mayoría, ni tampoco una reducción del trabajo. Por eso muchos de los pensadores actuales¹⁸⁹ creen que esta situación podría revertirse —o cuanto menos aminorarse— a través de la implementación de un I.B.U. Esta medida va a contramano del paradigma de la sociedad tecnificada tal como funciona en nuestros días; pues es una medida centrada ya no en el sistema técnico sino en lo humano, la vida y el florecimiento de sus potencialidades.

¹⁸⁷ *Ídem.*

¹⁸⁸ Berardi, F., (2019), *Futurabilidad*, Buenos Aires, Caja Negra, p 171

¹⁸⁹ No han sido únicamente intelectuales quienes han manifestado su apoyo por un IBU, también figuras centrales del capitalismo actual como Sam Altman, Jeff Bezos, Elon Musk o Bill Gates, entre otros/as.

En resumen, la implementación de un I.B.U. es más que simplemente una política redistributiva: es un intento por redefinir las bases materiales de la *libertad* humana en la era postrabajo. Es por todo esto que necesitamos más discusión pública sobre qué tipo de sociedades tenemos y queremos.

2. La Libertad en Tiempos de los Algoritmos

Aunque en el apartado anterior nos hemos referido a la cuestión de la libertad posible, explorando las posibilidades de la tecnificación en la industria como un potencial catalizador, es necesario preguntarnos por algunas de las especificidades propias de las tecnologías más recientes y las subjetividades que se configuran en derredor. Hasta aquí hemos hablado del desarrollo técnico centrándonos en aquel propio del primer capitalismo. Sin embargo, la tecnología actual ha aportado novedades que van más allá de las máquinas tradicionales; tal es el caso de la denominada *Inteligencia Artificial*,¹⁹⁰ que se ha erigido como un nuevo jugador, tanto en el esquema productivo como en el modo en el que los productos y servicios se publicitan y comercializan. Si el IBU abría la puerta a una libertad positiva en el terreno material, ¿qué ocurre cuando las decisiones subjetivas están mediadas por algoritmos? Conviene analizar, entonces, hasta qué punto esta nueva tecnología representa una continuación de procesos que ya se estaban llevando adelante en el sistema capitalista existente hasta el Siglo XX, y hasta qué punto introduce elementos realmente novedosos.

De alguna manera, la *inteligencia artificial* representa una continuación de ciertos procesos que ya tenían lugar en el capitalismo temprano; tales como el abaratamiento y la reducción del aporte de las masas al proceso productivo, y el traslado del saber desde los trabajadores y trabajadoras especializados hacia la propia máquina. Como dice Stiegler:

La proletarianización es, históricamente, la pérdida del saber del trabajador ante la máquina, que ha absorbido este saber. Hoy, la proletarianización es la estandarización de los comportamientos a través del marketing y de los servicios, y la mecanización de los espíritus mediante la exteriorización de los saberes en sistemas tales que estos ‘espíritus’ ya no saben nada de estos aparatos de tratamiento de la información que no hacen más que configurar.¹⁹¹

¹⁹⁰ En este punto queremos aclarar que aquí compartimos la tesis de Kate Crawford en su "Atlas de Inteligencia Artificial" de que la denominada "Inteligencia Artificial (2022)" no es ni tan inteligente ni tan artificial.

¹⁹¹ Stiegler, Entrevista en Le Monde, Febrero 2011.

La inteligencia artificial continúa esta dinámica: reemplaza el saber humano por dispositivos automatizados que no comprendemos. Toda persona que use hoy internet —es decir, más del 65 % de la población mundial— se encuentra constantemente aportando *datos* que luego son captados —y capitalizados mediante su utilización o venta— por las empresas que los recolectan para conocer sus preferencias y hábitos de consumo, y así satisfacer —o crear u orientar— más fácilmente sus necesidades.

2.1 De la utopía digital a la explotación de datos

“Lo que está en juego es la soberanía del individuo, la posibilidad misma de tener una vida privada.”

—Shoshana Zuboff

Con el surgimiento de internet, y el virtualmente infinito abanico de posibilidades que habilita, se generó en el comienzo un renovado *utopismo tecnológico*, análogo a aquél que presagiaba la tierra edénica una vez superados ciertos umbrales con la producción industrial. Morozov afirma que, “*el utopismo tecnológico de los 90 postulaba que las redes debilitan o reemplazan las jerarquías.*”¹⁹² Tras lo cual aclara a continuación que: “*En realidad, las redes amplifican las jerarquías y las hacen menos visibles.*”¹⁹³ Poco tiempo ha durado el entusiasmo inicial que generó internet. Tras “*la fatídica comercialización de lo que había sido, hasta ese momento, una Internet mayormente no comercial,*”¹⁹⁴ ha sucedido que finalmente “*lo digital ha revelado su verdadero yo, cambiando de forma casi de la noche a la mañana, desde un bombo de ensueño a un elemento frío, casi imperceptible del proceso de*

¹⁹² Morozov, E. citado en <https://letraslibres.com/politica/entrevista-a-geert-lovink-la-cuenta-de-trump-en-twitter-deberia-haber-sido-blog-ueada/> 30/05/2025.

¹⁹³ *Ídem.*

¹⁹⁴ Srnicek, N., (2018), *Capitalismo de Plataformas*, Buenos Aires, Caja Negra, p 24.

acumulación capitalista.”¹⁹⁵ Internet ha sufrido un derrotero análogo al que describe Marx con las leyes de cercamiento de las tierras; en donde estas, que eran de utilización comunal, fueron cercadas y convertidas en propiedad privada. Internet en sus comienzos era una red mucho más *horizontal* de lo que es hoy en día, donde muchísimo material cultural circulaba entre los usuarios a través de plataformas P2P. En nuestros días, esas plataformas han sido desmanteladas y esos bienes culturales que anteriormente circulaban libremente, fueron “cercados” y el modelo descentralizado ha sido casi absorbido por plataformas que exigen una suscripción para poder consumirlos (Amazon, Spotify, Netflix, etc.). Se trata de un proceso donde bienes comunes —en este caso, los datos y la cultura digital— son privatizados y mercantilizados.

La ilusión utópica se encontró rápidamente con su resultado distópico. Si alguien todavía, después de este extenso discurrir, se pregunta cómo y por qué esto ocurrió así; la respuesta es evidente: durante los últimos 25 años —como las leyes llegan tarde respecto a los avances tecnológicos— se le ha permitido al mercado que tome las riendas del desarrollo de internet. Ahora estamos cosechando lo que sembramos —o permitimos crecer. La centralización de datos por parte de un puñado de jugadores, la comercialización de *toda* nuestra actividad en línea, y el surgimiento, en consecuencia, de una *economía de la atención*, donde los algoritmos buscan maximizar el tiempo de permanencia de los usuarios, y no necesariamente el bienestar de los propios usuarios. En esta nueva fase del capitalismo, el producto ya no es la mercancía, sino el comportamiento humano transformado en predicción comercializable.

¹⁹⁵ Lovink, G., (2019), *Tristes por Diseño*, Consonni, p. 125.

2.2 La *ilusión* de la elección

“¿Qué significa la libertad cuando la IA ofrece nuevas formas de tomar, manipular e influir nuestras decisiones?”¹⁹⁶

—Coeckelbergh

Este sistema tiene varias aristas a considerar; la primera es que justamente esta *producción de valor* indirecta que representa la generación de datos, no se da dentro del marco tradicional de una relación laboral formal. Por lo que tampoco es compensada a través del salario. Muy por el contrario, gran parte de estos datos son generados por los usuarios en sus momentos de ocio o distensión. Si bien es cierto que no hay plusvalía sin trabajo, aquí lo que hay es *captura* de actividad vital, lo que reconfigura las nociones mismas de trabajo, ocio y producción. Aquello que anteriormente era considerado un espacio inviolable, hoy es territorio abierto, sin regulaciones, para algoritmos y mecanismos de mercantilización de datos. Así, “se vuelve susceptible de lucro (para la oligarquía dominante) lo que antes no lo era.”¹⁹⁷ El auge del denominado *Capitalismo de Plataformas* del que hablan autores como Srnicek o Zuboff, tiene como piedra basal entonces la violación y la explotación de aquello que —hasta ahora— todavía escapaba a la lógica del mercado; a saber, la esfera privada. Esto ha sido conceptualizado como *datificación*, que alude a la forma en que incluso nuestras emociones han sido convertidas en datos comercializables; esto nos lleva a —inadvertidamente— “actuar como un bebé en su envase fuera de las horas laborales”¹⁹⁸. Podríamos decir que estamos ante una nueva forma de *colonización del mundo de la vida*, de la que habla Habermas, donde la intimidad, el ocio y hasta el deseo son cooptados por el sistema y se convierten en objetos de cálculo y monetización. Lo que alguna vez fue esfera privada, es hoy materia prima.

¹⁹⁶ Coeckelbergh, M., (2023), *La Filosofía Política de la Inteligencia Artificial*, Madrid, Cátedra, p. 18.

¹⁹⁷ Fisher, M., (2019), *Realismo Capitalista*, Buenos Aires, Caja Negra, p. 43.

¹⁹⁸ Huxley, A., (2024), *Un Mundo Feliz*, Caracas, Lucemar, p. 131.

Los ingresos de las plataformas se producen a través de la extracción de los datos de las actividades en línea de los usuarios; que son vendidos por las compañías a anunciantes y otros interesados. Este primer aspecto en nuestro análisis de la I.A., nos remite casi obligatoriamente al concepto de General Intellect; en el sentido en que los datos con los que se alimentan las grandes plataformas publicitarias (Facebook, Google, YouTube, Instagram, Tik Tok, entre otras) provienen colectivamente de los usuarios, pero a su vez son de difícil atribución individual. Podrían entenderse como una encarnación material del concepto abstracto que desarrollara Marx más de un siglo antes. Los datos hoy son una especie de *cerebro social*. Todo lo cual conlleva a la pregunta “¿Qué clase de sociedad produce conocimiento colectivo para beneficio privado?” Pues los datos, al igual que el resto del General Intellect, es apropiado por unos pocos. Como dice Lovink, “*los pobres hacen dinero para Facebook, nunca será al revés.*”¹⁹⁹

También existen otros tipos de plataformas más allá de las *publicitarias*; las que Nick Srnicek denomina *plataformas austeras*. Estas son del tipo que ofrecen poner en contacto a un proveedor con su cliente. Son ejemplo de este tipo de plataformas Uber, Rappi, etc. Es importante señalar a la hora de abordar el surgimiento de estas plataformas, que, como señala Srnicek, es un sector “*construido sobre el vasto crecimiento de los niveles de desempleo,*”²⁰⁰ Pues “*en una economía saludable esta gente no tendría necesidad de recurrir al microempleo, dado que tendrían trabajos formales en relación de dependencia.*”²⁰¹ Fueron las tasas de desempleo las que posibilitaron la plataformización del empleo. Estas plataformas, por un lado, comparten una tendencia *natural* hacia la monopolización, ya que se genera el efecto de red; y por el otro, tienden a promover la precariedad al reducir el poder de negociación de los trabajadores, confinándolos a los estrechos márgenes de acción que configuran en su interior. Así, los algoritmos no *eliminan* la libertad, sino que ofrecen opciones curadas, limitadas y preestablecidas. Es una libertad de elección dentro de un menú precocinado que oculta las coerciones estructurales.

En otro orden de cosas, una de las grandes novedades de la Inteligencia Artificial es su capacidad de *clasificar* a las personas, al tener una cantidad de datos sobre sus preferencias inédita en la historia humana, tal como afirmó Chris Anderson²⁰²; “*¿Quién puede saber por*

¹⁹⁹ Lovink, G., (2019), *Tristes por Diseño*, Consonni, p. 23.

²⁰⁰ Srnicek, N., (2018), *Capitalismo de Plataformas*, Buenos Aires, Caja Negra, p 77.

²⁰¹ *Ídem*, p. 78

²⁰² CEO de TED.

qué la gente hace lo que hace? El hecho es que lo hacen, y que podemos trazarlo y medirlo con una fidelidad sin precedentes.”²⁰³ Aquí podemos ver reflejada la racionalidad instrumental de la que hablamos en capítulos precedentes; no hay preocupación alguna por las *motivaciones* de los sujetos, ni sobre sus fines. Lo único que entra en la ecuación es aquello que puede ser medido. El asunto es que esta información, “cedida” — a menudo sin consentimiento informado— por los usuarios y usuarias, muchas veces de forma indirecta o inconsciente, puede ser utilizada para influir en nuestros comportamientos a través de una manipulación en nuestra psicología del deseo y de la elección. Nos encontramos hoy frente a una innovación tecnológica capaz de extraer de nuestro comportamiento en línea un número virtualmente infinito de información a través de la cual podrían afectar nuestra libertad positiva potencialmente moldeando nuestros deseos mismos y erosionando nuestra autodeterminación (muchas veces sutilmente a través de mecanismos como el *nudging*²⁰⁴). Así, nuestra libertad queda mediada por plataformas digitales capaces de modular nuestros comportamientos.

La recolección de datos ha adquirido en nuestros días una relevancia tal que ya se habla de la era de la *economía de datos*. Se los considera el nuevo petróleo.²⁰⁵ Ya que su uso no se limita a las empresas, sino que los gobiernos los requieren cada vez más. La Casa Blanca, en su informe oficial del 2014, afirmó que “*la trayectoria tecnológica, sin embargo, es clara: se generarán cada vez más datos sobre individuos y esos datos permanecerán bajo el control de otros.*”²⁰⁶ Como dice Lovink “*estamos atrapados en la jaula virtual, para siempre.*”²⁰⁷ Pero es cómodo, y con eso basta.

El primer requisito subjetivo para que esta dinámica funcione, es que no sea considerado problemático el reducir los sujetos humanos al rango de objetos, anonimizarlos y segmentarlos; dado que, en el mundo algorítmico, no hay sujetos, o al menos no se los concibe como tales. Como dice Esquirol —retomando a Habermas— “*mientras que el actuar*

²⁰³ Rouvroy, A., y Berns, T., (2016), *Adenda Filosófica*, Diciembre 2016, p.7.

²⁰⁴ La teoría del empujoncito (*nudge theory* en inglés) es un razonamiento en ciencias del comportamiento, teoría política y economía del comportamiento que propone el refuerzo positivo y las sugerencias indirectas como formas de influir en el comportamiento y la toma de decisiones de grupos o individuos. El empujar contrasta con otras formas de lograr el cumplimiento, como la educación, la legislación o la aplicación. (https://es.wikipedia.org/wiki/Teor%C3%ADa_del_empujoncito) 01/06/2025.

²⁰⁵ Expresión acuñada por *The Economist* (2017).

²⁰⁶ Informe sobre Big Data de 2014.

²⁰⁷ Lovink, G., (2019), *Tristes por Diseño*, Consonni, p. 187.

práctico es un actuar de la sociedad, el técnico es un actuar sobre la sociedad. Esta acaba, por ello, siendo reducida a cosa, a objeto de intervención, a campo de aplicación de las técnicas.”²⁰⁸ El universo técnico —como vimos— carece de *discurso* o de deliberación, pero aun así *funciona*; posee una lógica operativa que incide directamente en nuestras prácticas sociales, poniendo en movimiento a casi la totalidad del mundo, al punto tal que puede poner en peligro nuestra democracia; pues como nos advierte —un poco tardíamente— Coeckelbergh, “*la IA puede usarse para manipular los votantes y las elecciones.*”²⁰⁹ Por esto es que Habermas considera necesario reponer la dimensión democrática; pues “*en lo estratégico no todos están igualmente como sujetos (hay algunos sujetos que en realidad son tratados como objetos); en lo comunicativo todos son igualmente sujetos.*”²¹⁰ Tal como vimos anteriormente respecto de las corporaciones, esta *lógica algorítmica* desdibuja la responsabilidad ética.

El segundo requisito es un fenómeno analizado largamente en páginas anteriores, y es que los humanos confían en la tecnología; posiblemente porque *sienten* que la controlan, pues un análisis superfluo de nuestra relación con ella así lo indicaría en cada caso. Pero el grado de nuestra confianza actual va todavía más allá: “*Lo que ha cambiado es la perspectiva de la gente común ‘que percibe al Gran Hermano ya no como una amenaza sino como un amigo fiable’.*”²¹¹ Hay una cuestión que es evidente, cuando escribieron esta distopía ignoraron lo confortable que podría resultar. La tecnología, y sobre todo la más novedosa, ocupa en nuestra sociedad de hoy un lugar privilegiado, donde alegre —o inocentemente— se reviste a la I.A. de poder. Hoy en día podemos ver por todos lados cómo se le rinde pleitesía y se entroniza a la I.A. como autoridad *epistémica*, aun cuando se desconoce su dinámica y funcionamiento interno. Esto nos obliga a recordar el hecho de que los algoritmos *no* son herramientas neutrales. “*Lejos de ser naturales, estos entornos son altamente artificiales: sus economías son manipuladas de manera invisible por operadores y ‘primeros jugadores’ de algoritmos y códigos.*”²¹²

¿Estamos entrando en una era donde no solo decidimos menos, sino que ya no sabemos si alguna vez decidimos algo?

²⁰⁸ Esquirol, J., (2011), *Los Filósofos Contemporáneos y la Técnica*, Barcelona, Gedisa, p. 160.

²⁰⁹ Coeckelbergh, M., (2023), *La Filosofía Política de la Inteligencia Artificial*, Madrid, Cátedra, p. 19.

²¹⁰ Esquirol, J., (2011), *Los Filósofos Contemporáneos y la Técnica*, Barcelona, Gedisa, pp. 162-63.

²¹¹ Lovink, G., (2019), *Tristes por Diseño*, Consonni, p. 124.

²¹² *Ídem*, p. 94.

2.3 Hacia una nueva metafísica algorítmica

*“la civilización no tiene absolutamente ninguna necesidad de heroísmo ni de nobleza. Esas cosas son síntomas de incompetencia política. En una sociedad adecuadamente organizada como la nuestra, nadie tiene la menor oportunidad de ser heroico y noble”*²¹³

— Aldous Huxley

Ya hemos visto que, actualmente, poco se cuestiona la toma de decisiones o medidas a través de algoritmos, lo que allanaría el camino a la posibilidad de un *gobierno algorítmico*, donde la I.A. tomaría cada vez más resoluciones sin participación humana directa en muchos —si no en todos— los niveles. Si, como dijimos, la técnica vino en un primer momento a ocupar el lugar vacante de la religión, hoy podríamos decir que la I.A. se erige como la nueva metafísica,²¹⁴ un sistema totalizador de sentido que promete respuestas sin necesariamente ofrecer una explicación. Los algoritmos se han convertido en oráculo moderno cuya verdad no se discute, solo se interpreta o se acata. Es capaz de darnos todas las respuestas e incluso *predecir el futuro*. Esta metafísica algorítmica no requiere fe, sino solo apatía y pasividad; es *post-religiosa* pero no por eso menos dogmática.

Como señala el profesor de derecho Andrew Ferguson; *“estamos avanzando hacia un estado en el que los fiscales y la policía van a decir ‘el algoritmo me dijo que lo hiciera, así que lo hice; no sabía lo que estaba haciendo’.* Y esto va a suceder en un nivel generalizado con muy poca fiscalización.”²¹⁵ La tecnología, y la I.A. en particular, tienen la potencialidad de erigirse en una suerte de nueva autoridad; en una continuación de la *autoridad de las cosas* que ya hemos mencionado. El problema con este tipo de *piedra filosofal* que representa la I.A., es que esta es *opaca*, y no solo —como vimos— para quienes la alimentamos de datos constantemente con nuestras actividades en línea, sino también para quienes acuden a ella como auxiliar de sus decisiones, e *incluso* a veces para sus propios fabricantes. Este avance también implica un epistemicidio progresivo: otras formas de saber, deliberar o comprender

²¹³ Huxley, A. (2024), *Un Mundo Feliz*, Caracas, Lucemar, p. 204.

²¹⁴ No en el sentido estricto filosófico, sino como sistema totalizador que promete explicación y sentido, reemplazando viejas figuras de autoridad.

²¹⁵ Crawford, K., (2022), *Atlas de Inteligencia Artificial*, Buenos Aires, FCE, p. 299.

el mundo son desplazadas por el lenguaje de los datos, lo técnico y lo cuantificable. Casi sin percibirlo, estamos dando paso a una nueva autoridad de difícil aprehensión y escasa legitimidad democrática; donde su raigambre política es más difícil de rastrear, y por lo tanto, más difícil de disputar.

A lo largo de este ensayo, nos hemos referido a la técnica y a la tecnología teniendo siempre como referencia los efectos que ésta genera en las subjetividades, en los valores, en la vida práctica; y, por lo tanto, en cómo afecta la calidad de nuestras vidas en general, y en particular, de nuestra democracia y nuestras libertades. Teniendo esto en mira, resultaba ineludible abordar quizás la última gran aparición tecnológica de nuestra era; la I.A.

Esta nueva tecnología, frente a la desilusión que puede haber generado el maquinismo industrial por razones oportunamente mencionadas, parece estar reviviendo —a pesar de todas sus falencias— el entusiasmo que había generado el maquinismo; pues hoy se le piden a la I.A. respuestas en todos los ámbitos, incluido el ámbito gubernamental, como las agencias de inteligencia y las fuerzas de seguridad. Esto sucede en un escenario donde el público en general desconoce el funcionamiento de dicha tecnología. Nos acercamos así, acaso sin retorno, a una tecnificación total de lo político.

En este contexto, resulta imperativo habilitar una discusión filosófica sobre la libertad no solo como ausencia de coerción externa, sino como la capacidad real de autodeterminarse en un entorno cada vez más mediatizado por tecnologías opacas. La pregunta ya no es solo qué podemos hacer con la tecnología, sino qué tipo de sujetos queremos ser en un mundo donde ella moldea nuestros deseos, opciones y formas de vida. Recuperar la agencia humana en tiempos de algoritmos supone restituir el debate democrático sobre el rumbo del desarrollo técnico, impidiendo que el silencio de la eficiencia y los automatismos se imponga sobre la voz pública. Y así evitar que la lógica técnica eclipse el horizonte de lo humano, y clausure la posibilidad de decidir nuestro destino.

A medida que más aspectos de la vida cotidiana se delegan a sistemas automatizados, el riesgo es que se nos vuelva imposible distinguir qué decisiones son nuestras y cuáles nos han sido tomadas. En este marco, la libertad se desdibuja, no como pérdida súbita, sino como cesión progresiva. Cuando la delegación se vuelve hábito, la autonomía se vuelve excepción.

Quizás haya llegado el momento de preguntar no solo qué queremos hacer con los algoritmos, sino qué estamos dispuestos a no dejar que ellos hagan con nosotros.

Las Posibilidades de la Democracia

“Todo podría ser diferente —y no puedo hacer casi nada al respecto”

—Christoph Menke

Hasta ahora nos habíamos referido a las limitaciones que el pensamiento cooptado por la racionalidad instrumental ha representado en los ámbitos de la política, la economía, las ciencias y la producción. Pero no habíamos abordado su influencia en las configuraciones subjetivas que componen a la sociedad. Si la tecnificación afecta tantos ámbitos de la vida actual, era de esperarse que las subjetividades habrían de verse también modificadas.

Hasta aquí, hemos argumentado que el sistema técnico desatiende a muchas de sus consecuencias más negativas, y que el paradigma técnico-económico es insuficiente para abordar muchas de las complejidades de la actualidad. Nos hemos referido a algunos de los problemas que ha traído consigo el fenómeno técnico, casi dando por sentado que estos nos incomodan y que colectivamente tenemos el *deseo*²¹⁶ de modificar al menos algunas de sus características. Pero hay una pregunta que se nos sale al cruce; y es la de si una sociedad inmersa en este modo de subjetivación tecnicista sería capaz de encontrar un sentido y una meta, o si, cuanto menos, tendría la *voluntad* de hacerlo.

Como dice Bifo Berardi²¹⁷, *“la intuición de la infinitud de posibilidades es la gran fuente del pánico contemporáneo”*. Sucede que actualmente la sociedad se encuentra, en algún punto, azorada por la conciencia de su propia ilimitación. Esto dificulta encontrar su deseo. A su vez, si la técnica ha adelantado tantos cambios en todos los ámbitos a los que nos hemos referido, es prudente también pensar que puede haber configurado cambios en nuestra *subjetividad*. En este sentido, creemos que el mundo algorítmico está configurando un sujeto

²¹⁶ Elegimos utilizar este término porque la *“necesidad”* nos parece evidente.

²¹⁷ Berardi, F., (2019), *Futurabilidad*, Buenos Aires, Caja Negra, p. 39.

que ya no es exclusivamente reflexivo, consciente ni —como desea Habermas— mediado por la intersubjetividad.

Como ya argumentamos, la sociedad y sus instituciones han adquirido la pasividad como modo de vida. Lovink define el sentimiento general de nuestra época como *desinterés depresivo* ²¹⁸, a lo que añade que, “*la nuestra es una era profundamente no heroica, no mitológica, simplemente chata.*”²¹⁹ Tanto así que —como vimos— existe una tendencia a muchas veces cederle a la técnica la última palabra respecto a la dirección de la vida social. El problema radica en que la creencia en que la sociedad funciona —y bien— mediante automatismos, o la voluntad —más o menos— explícita de que así lo haga, indefectiblemente ha de conducirnos a la resignación, porque justamente la creencia imperante es que *no hay nada que hacer*. He aquí la causa del *fatalismo estoicista* que nos invade. Así, los pueblos se resignan a convivir con el *fatalismo irracional* diseñado en numerosos manuales de economía y sociedad.

Esta pasividad, junto con la falta de criterio, configuran casi perfectamente la *antinomía* de las condiciones de posibilidad de la democracia —o al menos de una democracia fructífera— que requiere precisamente lo opuesto; involucramiento y autonomía. Así las cosas, la salida a través de la *acción comunicativa* que pregonaba Habermas, parece bastante improbable. Incluso desde una perspectiva marxista clásica, donde se cree que *la fuerza de las cosas* ha de llevar a una revolución o cambio social casi de manera inexorable, ya no parece ser un desenlace inevitable ni *necesario*. Como dice Lovink, hoy “*no importa lo desesperada que sea la situación, la rebelión simplemente no ocurrirá.*”²²⁰ Esta situación genera en los individuos contemporáneos “*la incapacidad para hacer cualquier cosa que no sea buscar placer. Queda la sensación de que efectivamente ‘algo más hace falta’, pero no se piensa que este disfrute misterioso y faltante solo podría encontrarse más allá del principio del placer.*”²²¹ Ya desde los tiempos de Aristóteles se creía que un componente *necesario* de la *buena vida* implicaba cierta participación en la vida comunitaria y en la política. La subjetividad actual parece bloqueada no por falta de información, sino por una impotencia que ha sido naturalizada.

Por otro lado, como dijimos, muchas dimensiones del fenómeno técnico permanecen ignoradas para las mayorías, y justamente el problema radica en que “*el orientarse de la*

²¹⁸ Lovink, G., (2019), *Tristes por Diseño*, Consonni, p. 121.

²¹⁹ *Ídem*, p. 6.

²²⁰ *Ídem*, p. 15.

²²¹ Fisher, M., (2019), *Realismo Capitalista*, Buenos Aires, Caja Negra, p. 50.

acción depende de la manera de comprender la situación y de comprendernos en ella.”²²². Para oponerse o querer modificar una situación es necesario en primer lugar comprenderla cabalmente en todas sus dimensiones. Si la sociedad es ignorante o manipulable, la autodeterminación democrática es imposible. Es por esto que es necesario *politizar* a la I.A., que no es ni transparente ni neutral, pues como dice Fisher, “*nada es intrínsecamente político: la politización requiere de un agente político que transforme en un terreno de batalla lo que se da por descontado.*”²²³

Lo político no desaparece: se disuelve, se delega, se desactiva. Pero incluso en su forma más diluida, sigue siendo el único terreno desde el cual repensar el sentido colectivo. Lo que está en juego no es solo el futuro de la técnica, sino nuestra capacidad de reapropiarnos de él.

²²² Esquirol, J., (2011), *Los Filósofos Contemporáneos y la Técnica*, Barcelona, Gedisa, p. 12.

²²³ Fisher, M., (2019), *Realismo Capitalista*, Buenos Aires, Caja Negra, p. 119.

Consideraciones Finales

Si algo ha quedado claro a lo largo de estas páginas, es que hace ya tiempo que la técnica ha dejado de ser una mera herramienta; se ha vuelto horizonte, lenguaje y *norma*. Ya es difícil sostener que el fenómeno técnico está circunscripto a los artefactos y herramientas que utilizamos. El fenómeno técnico se ha convertido en el *medio* en el cual existimos. Quizás por esto mismo es que los seres humanos hemos dejado de preguntarnos por los orígenes primigenios y los fines últimos; el desinterés es equitativo, es igual respecto del futuro como del pasado. Las preguntas fundamentales han sido abandonadas en nombre de la eficacia y la eficiencia, por el cálculo instrumental, y siempre dentro de las posibilidades existentes; sin siquiera dejar un resquicio a la posibilidad de pensar otras coordenadas existenciales. Pero la pregunta por el cómo siempre parece insuficiente cuando se ha de considerar el para qué. Pareciera acompañarnos constantemente una suerte de *resto*, tan irreducible como *irrenunciable*, una pregunta y un reclamo silencioso y persistente que reaparece con cada novedad técnica, más bonita y mejorada.

En estas páginas hemos intentado mostrar que el fenómeno técnico —a lo largo y ancho de todo su espectro— no es neutro, ni inevitable, ni completamente autónomo. Es un sistema cargado de valores, estructurado sobre racionalidades específicas, y profundamente imbricado con las dinámicas del capital. Al asumir esta premisa, lo técnico deja de ser concebido como una fatalidad natural y se revela como lo que verdaderamente encarna, un campo de disputa *política*. Si, por un lado, el fenómeno ha devenido el *medio* en el cual se desarrollan nuestras vidas, y los artefactos que lo componen son inherentemente políticos, entonces la técnica no puede seguir siendo gobernada sin voluntad colectiva. Su dirección exige deliberación democrática, crítica y ética.

Como a esta altura ya debe haber quedado claro, el problema no es la técnica en sí, ya que la técnica encarna la posibilidad *real* de concretar algunos de los sueños más antiguos de la humanidad en su conjunto, sino su sometimiento a una lógica miope, cortoplacista, orientada exclusivamente por el beneficio privado, el control y la eficiencia. Esta subordinación ha colonizado tanto a las instituciones como a las subjetividades. El fenómeno técnico nos ha

enseñado a pensar y decidir como gestores, algo que, a fin de cuentas, siempre supimos hacer; solo que ahora nos exige abandonar toda otra forma de pensamiento.

Pero no todo está dicho. El hecho de que el sistema técnico haya conquistado la economía, la política, la ciencia e incluso la imaginación, no implica que no pueda ser repensado, redirigido, reapropiado. Lo que está en juego no es un futuro “sin técnica”, sino la posibilidad de una técnica al servicio de la vida humana, no al revés, como viene sucediendo. Para eso, es necesario que las preguntas éticas vuelvan a ocupar el centro: ¿Cómo queremos vivir? ¿Qué mundo queremos dejar tras de nosotros? ¿Qué tipo de vida social queremos fomentar? ¿Y qué lugar estamos dispuestos a darle a los algoritmos?

La gran paradoja de nuestra época es que tenemos las herramientas para construir un mundo más libre, justo y digno para todos y todas —y, sin embargo, persistimos en un camino que amenaza con expulsarnos del centro de nuestra propia historia.

Este libro no pretende clausurar ninguna discusión. Al contrario, busca abrirlas. Porque si algo hemos querido defender a lo largo de estas páginas es que nada está cerrado mientras haya quienes se atrevan a preguntar. Y tal vez esa sea hoy la tarea más urgente de la filosofía: recordar que el mundo podría ser distinto, y que hacerlo posible no es una ilusión, sino una responsabilidad.

En definitiva, no se trata solo de pensar el fenómeno técnico, sino de dejar de sufrirlo para comenzar a dirigirlo. Porque si la técnica ha redefinido los marcos de lo posible, será tarea nuestra definir lo deseable. Lo verdaderamente urgente no es adaptarnos al mundo tal como es, sino atrevernos a imaginar el que aún no existe.

Lo más urgente no es preguntarse por el sentido de la técnica, sino por el sentido de seguir sin preguntarnos.

Referencias Bibliográficas

- Avenessian, A., & Reis, R. (Comps.). (s.f.). *Aceleracionismo*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Berardi, F. (2019). *Futurabilidad*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Bettelheim, B. (1960). *El corazón bien informado*. Nueva York: Avon Books.
- Coeckelbergh, M. (2023). *La filosofía política de la inteligencia artificial*. Madrid: Cátedra.
- Coriat, B. (1975). *El taller y el cronómetro*. México: Siglo XXI Editores.
- Coriat, B. (1996). *El taller y el robot*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Crawford, K. (2022). *Atlas de inteligencia artificial*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Ellul, J. (2003). *La edad de la técnica*. Barcelona: Octaedro.
- Esquirol, J. M. (2011). *Los filósofos contemporáneos y la técnica*. Barcelona: Gedisa.
- Fisher, M. (2019). *Realismo capitalista*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Forrester, V. (1997). *El horror económico*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- García Menéndez, J. R. (2011a). *Crítica de la razón económica: Tomo I*. Reino Unido: EAE.
- García Menéndez, J. R. (2011b). *Crítica de la razón económica: Tomo II*. Reino Unido: EAE.
- Gómez, R. (2003). *Neoliberalismo globalizado*. Buenos Aires: Macci.
- Habermas, J. (2015). *Ciencia y técnica como 'ideología'*. Madrid: Tecnos.
- Habermas, J. (2013). *El discurso filosófico de la modernidad*. Buenos Aires: s.e.
- Lazzarato, M. (2015). *Gobernar a través de la deuda*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Lovink, G. (2019). *Tristes por diseño*. Bilbao: Consonni.
- Maldonado, T. (Comp.). (2002). *Técnica y cultura*. Buenos Aires: Infinito.
- Marcuse, H. (1978). *Filosofía y teoría crítica*. En H. Marcuse, *Cultura y sociedad* (pp. xx–xx). Buenos Aires: Sur.
- Marcuse, H. (1969). *La sociedad industrial y el marxismo*. Buenos Aires: Quintaria.
- Marx, K. (2009). *El capital*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Merleau-Ponty, M. (1993). *Fenomenología de la percepción*. Barcelona: Planeta-Agostini.
- Rifkin, J. (1997). *El fin del trabajo*. Buenos Aires: Paidós.
- Srnicek, N. (2018). *Capitalismo de plataformas*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Srnicek, N., & Williams, A. (s.f.). *Inventar el futuro*. Buenos Aires: Malpasso.
- Weber, M. (1998). *El político y el científico*. Madrid: Alianza.

Resumen

Introducción

El presente trabajo tiene como propósito central analizar el fenómeno técnico contemporáneo desde una perspectiva crítica e histórica, entendiendo que su comprensión no debe reducirlo a ser considerado meramente como una herramienta neutra, sino que este fenómeno comporta —y dictamina— sus propios criterios de eficiencia y control. Constituyendo un entramado normativo capaz de moldear la vida social en sus múltiples dimensiones. Tales dinámicas, lejos de ser inevitables, responden a condiciones históricas y a procesos de captura del conocimiento por parte del capital.

En este marco, se pretende examinar las consecuencias sociales más significativas de este proceso —como el desempleo tecnológico estructural, la precarización laboral, la concentración de beneficios y la privatización del saber colectivo— para, finalmente, proponer lineamientos que permitan reorientar el desarrollo técnico hacia fines democráticos, éticos y socialmente justos. Entre estos lineamientos se incluyen la reapropiación del General Intellect, la redistribución del excedente productivo, la reducción de la deliberación democrática acerca de la dirección del desarrollo técnico. Solo desde allí se podrá proyectar un horizonte emancipatorio capaz de superar la subordinación de la sociedad a los imperativos técnicos del capital.

Objetivos

El presente trabajo tiene como propósito central examinar críticamente el fenómeno técnico contemporáneo y su profunda articulación con las estructuras económicas, políticas y culturales de la sociedad actual. Partiendo de la premisa de que la técnica no es un instrumento neutral, sino un entramado normativo que organiza y condiciona las formas de vida, se busca analizar cómo su desarrollo, guiado por la racionalidad instrumental y la lógica acumulativa del capital, redefine los fines humanos y reconfigura las relaciones sociales.

Entre los objetivos específicos se destacan: 1-Problematizar la tecnocratización de la política y la reducción de la deliberación democrática a criterios de eficacia.

2-Analizar la transformación de la economía en un sistema autorreferencial regido por modelos y cálculos abstractos.

3- Evaluar el modo en que la ciencia se ve subordinada a intereses utilitarios y a estructuras de financiamiento que determinan su orientación y fines.

4- Finalmente, el trabajo persigue delinear criterios para una reorientación democrática del desarrollo técnico, incorporando propuestas como la reapropiación del saber colectivo, la redistribución del excedente y la gobernanza pública de las tecnologías emergentes.

Materiales y Métodos

La investigación se inscribe bajo un enfoque teórico-documental, de carácter genealógico y crítico. Este abordaje permite desnaturalizar la aparente inevitabilidad del tipo de desarrollo técnico que estamos viviendo, y rastrear las condiciones históricas que han posibilitado su configuración actual. Para ello, se recurre a un corpus bibliográfico amplio, que combina obras clásicas de la filosofía de la técnica y la teoría crítica —como las de Marx, Marcuse, Ellul y Habermas— con aportes más recientes de autores que han abordado los desafíos de la

automatización, el capitalismo de plataformas y la Inteligencia Artificial, como Berardi, Rifkin, Coeckelbergh, Fisher, Lovink, Srnicek y Williams.

La metodología aplicada incluye la lectura analítica y comparativa de las fuentes, con especial atención a la identificación de supuestos, consecuencias y tensiones internas en el discurso técnico-capitalista. Este procedimiento se complementa con el análisis de cadenas causales que vinculan técnica, capital e instituciones, así como de las paradojas que emergen cuando los criterios de eficiencia desplazan la reflexión sobre los fines. El objetivo último es construir una interpretación coherente que sirva de base para propuestas normativas orientadas a una democratización de la técnica.

Resultados y Discusión

Del análisis se desprende que la técnica contemporánea ha dejado de ser un simple medio para alcanzar fines humanos, constituyéndose en un sistema que establece sus propios criterios internos de eficiencia, control y previsión. Esta autonomía relativa ha favorecido que la política se transforme en un ejercicio de gestión tecnocrática, donde las decisiones se legitiman por indicadores operativos y no por un debate democrático acerca de fines colectivos. Del mismo modo, la ciencia económica se ha tecnificado, desconectándose de su función social, reduciendo la creación de valor a cálculos abstractos y modelos matemáticos, mientras la financiarización concentra el poder económico y se desvincula del empleo para la producción de riqueza.

En el ámbito científico, la subordinación a criterios de utilidad inmediata y a las fuentes de financiación, han reforzado la ilusión de neutralidad, ocultando que la investigación responde a finalidades sociales y económicas predefinidas. Las consecuencias sociales de este proceso son profundas: desempleo tecnológico estructural, precarización laboral, concentración de beneficios en élites reducidas y apropiación privada del saber colectivo y de los datos generados socialmente.

El auge del capitalismo de plataformas y la inteligencia artificial ilustra esta tendencia, al convertir la interacción y el comportamiento humano en materia prima monetizable y al delegar decisiones a sistemas opacos, con riesgos evidentes para la democracia y la autonomía individual. Sin embargo, el mismo proceso encierra un potencial emancipatorio si se logra reorientar la técnica mediante una gobernanza democrática, la socialización de los beneficios y la reapropiación del conocimiento como bien común.

Conclusiones

El fenómeno técnico, en su configuración actual, reproduce y amplifica la lógica del capital, imponiendo valores y prioridades que desplazan y reemplazan la deliberación sobre los fines colectivos. La política, la economía y la ciencia se ven arrastradas por una racionalidad instrumental que privilegia la eficiencia sobre el sentido, mientras sus impactos sociales generan exclusión y desigualdad estructural.

Revertir esta tendencia requiere instituciones capaces de someter la dirección del desarrollo técnico a un control democrático y ético, en el que la sociedad recupere la capacidad de decidir no sólo cómo se hace, sino, sobre todo, para qué. Medidas como la reapropiación del saber colectivo, la redistribución del excedente, la reducción de la jornada laboral y el Ingreso Básico Universal, así como una regulación pública y transparente de la Inteligencia Artificial y las plataformas digitales, constituyen pasos indispensables para que la técnica se convierta en una herramienta de emancipación y no en un instrumento de exclusión.